

UN DESA/CEPAL/CELADE (2008), *Reunión de seguimiento de la declaración de Brasilia*. Santiago de Chile, septiembre.

Valero, Antonio (2010), "A prediction of the energy loss of world's mineral reserves in the 21st Century", *5ª Conferencia sobre Desarrollo Sostenible en Energía*, mayo.

World Bank (2011), *The migration and Remittances Fact Book*.

Zibechi, Raúl (2011), "La revuelta árabe y el pensamiento estratégico", en *ALAI*, 4 de febrero.

Capítulo VI

Desafíos del trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante

Andrés Piqueras*

Curioso Sistema el capitalista, en el que el "derecho de propiedad" se convierte en apropiación de la propiedad ajena, el "cambio de mercancías" en explotación y la "igualdad" no es sino el dominio de una clase por otra.

ROSE LUXEMBURG, *La acumulación del capital*

Las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo desde el principio; se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos; parece que solo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas; retroceden constantemente aterradas ante la ilimitada inmensidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás, y las circunstancias mismas gritan: Hic Rhodus, hic salta! ¡Este es el momento, hacedlo ya!

KARL MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Capítulo primero

El fruto real de las batallas radica no en el éxito inmediato, sino en la unión cada vez más extensa de los trabajadores...

MANIFIESTO COMUNISTA

* Universidad de Castellón, España.

1. Introducción: premisas teóricas

1.1. El Capital

El capital es un factor que parece dotado de vida propia, pues es capaz de reproducirse a sí mismo, como valor en proceso. Y en ese propio proceso crea unas:

A. *Condiciones de reproducción inmediatas*, tanto materiales como personales (medios de producción y fuerza de trabajo) que necesita para generar su plusvalor; pero también produce las condiciones sociales (o relaciones de producción) que garantizan la perpetuación de aquellos elementos. Es decir, que las condiciones de su dinámica de acumulación son al tiempo resultados de ella misma.

Su reproducción ampliada deviene un *modo de producción*: conjunción de un determinado desarrollo de fuerzas productivas (medios de producción y seres humanos que los trabajan) con unas relaciones sociales de producción (las cuales, en el caso del capitalismo, implican la apropiación privada por parte de una exigua minoría de los medios de vida del conjunto de la sociedad; así como las disposiciones jurídico-políticas que hacen que los seres humanos sean "libres" de contratarse como mercancía que se compra y vende, esto es, como fuerza de trabajo).

Ahora bien, el movimiento económico del capital no es suficiente por sí mismo para establecer ese conjunto de factores y procesos que se articulan como modo de producción. Precisa del concurso de unas:

B. *Condiciones de reproducción mediatas* [o exteriores al propio movimiento de reproducción del capital], macro y microsociales.

Son las que se sitúan más allá del movimiento del capital como valor en proceso (vale decir, no son el resultado inmediato de la valorización del capital). Representan la garantía de valorización de los capitales individuales como "capital social" en conjunto y ponen en

juego la totalidad de los aspectos y elementos de la realidad social, de la praxis social¹.

B.1. *Macrosociales*

Pueden ser los medios socializados de producción (infraestructuras colectivas, avances científicos...); aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo no directamente asegurados por la circulación mercantil (instauración de un determinado tipo de relaciones familiares, de género e intergeneracionales coherentes con esa reproducción; producción y reproducción del espacio-tiempo doméstico; sistema educativo; sistemas colectivos de cohesión social, etc.); el espacio social que requiere la circulación del capital (las redes de transporte y comunicaciones, los procesos de urbanización, la particular disposición del territorio para facilitar en lo posible la movilidad tanto del capital social como del trabajo social, de una rama de producción a otra, de una región a otra; etc.); las normas jurídicas para garantizar la plusvalía y la ganancia (derecho; derecho mercantil, penal...) y las instituciones encargadas de velar por su aplicación; la unificación político-administrativa del territorio y homogeneización de las condiciones de vida (normas sociales y culturales) al interior de una formación socioespacial.

B.2. *Microsociales*

La producción de productores en *libertad desposeída* (sin atadura personal a nadie pero sin medios de producción para subsistir). Por tanto individuos que no pueden ser soberanos (su capacidad de decisión está estructuralmente condicionada por su alteridad), sino dependientes de quienes les compran (o no) su fuerza de trabajo. A ello se suma la producción de poseedores de medios de producción abocados a reproducir de forma constante y ampliada el capital, compitiendo sin fin entre sí (siendo los recursos naturales medios de esa competencia, lo que implica la explotación incesante y creciente del medio físico o depredación del hábitat).

1. Sobre las condiciones de que hablamos aquí hay una excelente explicación en Bhir (2006).

Estas condiciones generan determinados modelos de sociedad y de entender las relaciones humanas y las relaciones de los seres humanos con la vida; implican, de hecho, determinados tipos de seres humanos, determinada racionalidad social y formas de subjetividad y potencian las posibilidades de hegemonía de determinados tipos de pensamiento, filosofías e ideologías (expresadas en las distintas facetas de lo que se conoce como *supraestructura* social).

En suma, el movimiento del capital, su propio devenir, actúa en el sentido de apropiarse del conjunto de las condiciones sociales de existencia que le han precedido, para ponerlas al servicio de su reproducción, al tiempo que crea nuevas condiciones con el mismo objetivo. Esto significa su apropiación del conjunto de la praxis social.

Pero por eso mismo, a un tiempo que desata esos procesos suscita insalvablemente sus propias contradicciones (de manera mucho más virulenta y permanente que los modos de producción que le han precedido, dada la dinámica de su reproducción ampliada a costa de los medios físico y social en los que subsiste), sus crisis de acumulación y sus crisis sociales, y lo que puede ser más decisivo, aboca al antagonismo permanente (latente o explícito) a la parte de la humanidad que va siendo convertida en Trabajo (desposeída de otros medios de vida que no sea su propia fuerza de trabajo).

Por eso el capital debe también permanentemente intentar controlar los procesos de producción y reproducción de las relaciones de clase², garantizar la subordinación de los subordinados.

Esto requiere de una *agencialidad* política, de una personificación que vele por el mantenimiento de las relaciones sociales del capital, o lo que es lo mismo, por la perpetuación del capital como relación social. O sea, precisa de un *sujeto* al menos relativamente coordinado. A esa parte agencial implicada de forma directa en la reproducción ampliada del capital (ya se trate de personas físicas, jurídicas, institucionales o colectivas) la llamaremos Capital, con

2. La *relación de clase* es la que se produce cuando unos seres humanos se apropian de parte o la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza, la servidumbre aceptada o mediante un salario, por ejemplo). Es decir, media entre ellos un proceso de *explotación*.

mayúscula. Con tal denominación hacemos referencia a quienes viven de explotar el trabajo ajeno sin tener que autoexplotarse a sí mismos, principales beneficiarios del sistema capitalista y por tanto interesados en sustentarlo y reproducirlo. Propietarios privados de los medios de vida de la sociedad que se ven impelidos a una perenne competencia entre sí en torno a la tasa de ganancia³, pero que se coaligan para la obtención de la plusvalía, es decir, contra el Trabajo.

Solamente esa parte agencial puede explicar el otro conjunto de condiciones necesarias para la hegemonía de la ley del valor del capital.

C. *Condiciones de reproducción transmediatas*, de agencialidad política.

Las condiciones inmediatas y mediatas precisan de un entramado de instituciones y dispositivos políticos capaces de procurar la sedimentación y continuidad adaptativa de aquellas circunstancias sociales. El capitalismo, como modo de producción, ha condensado tales instituciones y dispositivos en una expresión político-administrativa muy especial: el Estado. Dispositivo de gerencia del conjunto del modo de producción capitalista, que como tal no es exclusivo de la clase capitalista, sino reflejo de la composición de fuerzas sociales presentes en el mismo.

Sin embargo, instituciones de carácter transnacional y global han ido desbordando esa gerencialidad estatal según la dinámica de reproducción del capital se ha hecho universal, como veremos.

Pero en una u otra versión estas condiciones patentizan que, en contra del sueño de autorrealización constante e infinita del dinero como capital, lo económico no puede existir sin lo político (de ahí que los clásicos siempre llamaran a la economía, *economía política*). Esto quiere decir, igualmente, que las relaciones sociales de producción no bastan por sí mismas para explicar el conjunto de procesos so-

3. La *relación de clase* conlleva también una dimensión interna, intra-Capital, en torno a cuotas de explotación y subordinación de unos explotadores respecto a otros, dando como resultado que unos capitales eliminan de la competencia a otros, los menos "competitivos" (cuya menor productividad les relega por debajo de la media de la tasa de ganancia que se consigue en una determinada sociedad), produciéndose una tendencial dinámica de concentración y centralización del capital.

ciales y político-jurídicos, sino que, frente a todo economicismo, éstos explican a su vez las condiciones de posibilidad de aquéllas, en una interacción continua y un mutuo condicionamiento.

Es en virtud de todos estos procesos y condiciones que la dialéctica marxista (el materialismo dialéctico) propone que desarrollo tecnológico, relaciones y prácticas productivas y sociales, así como estructuras e instituciones históricas específicas se constituyen mutuamente, y todas se retroalimentan con específicas construcciones ideológicas y concretas formas de conciencia y subjetividad.

Esto ha dado pie a todo un entramado teórico de interpretaciones sobre la estabilidad o no de unas u otras expresiones de explotación y de los modos de producción de las que son la base. Y en concreto, ha motivado los intentos de analizar los fundamentos de la *hegemonía* del Capital (una vez que Gramsci explicara en qué consiste) y la estabilidad de los diferentes órdenes generados históricamente dentro del modo de producción capitalista.

De ahí los esfuerzos teóricos por distinguir estadios o fases del devenir del capitalismo histórico en virtud de cómo se organiza económico-social y políticamente su acumulación, pero asimismo según las formas en que se ha basado la hegemonía (porque en el fondo es de lo que se trata, aunque no siempre se especifique así).

Dos principales escuelas han desarrollado a su manera aquellos presupuestos marxistas:

1. La escuela regulacionista.
2. La escuela de las Estructuras Sociales de Acumulación.

La escuela o escuelas regulacionistas (desarrolladas principalmente en Francia) intentan explicar la paradoja de por qué el capitalismo tiene tendencias hacia la crisis, el cambio y la inestabilidad, que son contrarrestadas por su habilidad adaptativa a las mismas, a través de un dúctil entramado institucional-normativo-ideológico-subjetivo. Su teoría se basa en dos conceptos clave: los *régimenes de acumulación* o formas de organizar la producción y el consumo (fordismo, post-fordismo, etc.) y los *modos de regulación*, que se refieren a las instancias socio-políticas, jurídicas e ideológicas que se retroalimentan con ese régimen

de acumulación. La combinación de un régimen de acumulación y un modo de regulación da como resultado un *modelo de desarrollo*, que aquí llamaremos *modelo de crecimiento*, para remarcar la distancia que supone el *crecimiento* capitalista respecto de la concepción integral del *desarrollo*.

De acuerdo con las teorías de la regulación, todo régimen de acumulación alcanzará un punto de crisis en el cual el modo de regulación no podrá sostenerse, y las elites estarán forzadas a encontrar nuevas reglas y normas, pergeñando un nuevo régimen de acumulación, que estará vigente hasta que desarrolle su propia crisis, y así sucesivamente. La ciencia social estadounidense desarrolló su propia versión al respecto, intentando dar concreción al entramado institucional capaz de posibilitar la recuperación primero y el sostenimiento después de la acumulación capitalista. Se trata de la Teoría de las Estructuras Sociales de Acumulación (ESA).

Ciertamente, una y otra expresión teórica tienen su origen en Marx, quien ya señalara la interpenetración del conjunto de políticas, intervenciones públicas, formas institucionales y de pensamiento, normas, dispositivos de socialización y medios de construcción de la realidad y de legitimación, hábitos de comportamiento y el conjunto de subjetividades generadas que acompañan a los distintos periodos de acumulación capitalista. No obstante, lo substancial del esfuerzo que, a nuestro juicio, pretendió realizar el materialismo dialéctico, consistió precisamente en que todo ese entramado, a pesar de su aparente solidez, está sujeto a continuas fracturas, contradicciones y contraconstrucciones internas. Por ello ese ensamblaje de factores (que, además, en gran parte es no-consciente) constituye a lo sumo un intento de *regulación*, que se halla en constante tensión "desreguladora" provocada por los numerosos agentes, a menudo antagónicos, que le dan vida. De hecho, una de las líneas de investigación sobre el devenir del modo de producción capitalista es la que ha registrado sus dificultades para mantener la acumulación debido a su propia tendencia a la crisis, según ya enunciara Marx. Si bien su hincapié es más estructural que agencial, esto es, más basado en supuestas condiciones "objetivas" de la propia dinámica capitalista que en la intervención consciente de los sujetos, su aportación, combinada con las otras que hemos mencionado al res-

pecto, puede ser de interés para sentar las coordenadas de la acción de clase.

De este último esfuerzo analítico se deriva la recurrencia a las *ondas largas*, que hacen referencia a periodos de ascendencia de la acumulación capitalista, de unos 25 años (fase A Kondratiev), tras los cuales se ralentiza e incluso comienza a descender esa acumulación (fase B Kondratiev), hasta que un determinado modelo de crecimiento entra en crisis y es sustituido por otro que ya presentaba rasgos latentes en el anterior, sin que ello quiera decir que las formas del modelo en crisis tengan que desaparecer del todo en el nuevo modelo, pues están presentes en él aunque no de manera hegemónica.

Las ondas largas son concebidas como resultado de una tendencia endógena del capital y del sistema que origina, el capitalismo, a que la composición orgánica del capital (la creciente ratio a favor de su componente técnico frente al humano) sea de manera periódica, y a pesar de diversos factores contratendenciales, decisiva a la hora de provocar una caída de la tasa de ganancia. Caída que arrastra un conjunto de consecuencias y procesos que dan como resultado ciertas "crisis", que pueden ir desde la desaceleración a la recesión y, en consecuencia, desde meros ajustes económicos y sociopolíticos, a profundas reestructuraciones en unos y otros ámbitos. Son estas últimas las que han conducido a numerosos autores marxistas a aceptar *ondas largas* en el desarrollo capitalista. No obstante, el periodo en el que se fundan la mayor parte de los estudios, desde el capitalismo industrial, puede que no implique tiempo suficiente como para tener seguridades históricas, y en la práctica no resulta convincente el conjunto de atribuciones que se hacen a esas 'ondas'. Lo que sí parece constatado, en cambio, es la tendencia a las "crisis" de acumulación que contiene intrínsecamente el sistema capitalista; o por decirlo de otra manera, éste es el único sistema histórico en el que la riqueza constituye un problema. Cómo contrarrestar esa tendencia e iniciar nuevos ciclos de acumulación tras la "destrucción constructiva" de cada ciclo, ha sido desde el principio una obligación sistémica del Capital en cuanto que sujeto histórico.

Por lo que respecta a la influencia que las combinaciones de regulaciones y ondas largas pueden ejercer sobre las relaciones de Capital

y Trabajo, las hipótesis de partida suelen proponer que en una fase u onda larga ascendente el Capital cuenta con suficientes recursos como para estar más abierto a, o incluso promover, el reformismo social y, en general, la integración del Trabajo, a través tanto de la cooptación como del consenso, merced a la secuencia virtuosa que es proclive a instaurar: incremento de la tasa de ganancia \Rightarrow aumento de los salarios reales (cuanto menos los indirectos y diferidos) \Rightarrow acentuación del consumo \Rightarrow complicidad de la población.

Se produce por tanto, en estas fases, la inclinación a una parcial desmercantilización de la fuerza de trabajo (una parte de su reproducción es asumida a través de prestaciones y servicios por el "capitalista colectivo", el Estado). Con ello y paradójicamente, la mayor integración del Trabajo se compagina con el acrecentamiento de su poder social de negociación⁴, y por ende con un tendencial mayor reparto de la plusvalía total generada.

En las subsecuentes fases descendentes se desata un mayor descontento pero a un tiempo disminución del poder social de negociación del Trabajo, pareja al aumento de su sustituibilidad por parte del Capital, que suelen ir de la mano de mayores niveles de represión y conflicto según se concentra igualmente la riqueza social. Se incrementa la mercantilización de la fuerza de trabajo.

Esa mayor mercantilización y deterioro de la condición salarial provoca la descomposición y por consiguiente resistencia de las capas del Trabajo que se habían acomodado en la fase anterior (suscitando una conflictividad que se ha llamado de *tipo polanyano*, en pos del mantenimiento de las posiciones logradas, aun a costa de otros sectores del Trabajo)⁵. Sin embargo, simultáneamente se produce la

4. Ésta es igual a la capacidad, debido a su posición de fuerza, de hacer valer sus intereses frente al Capital. Esa posición de fuerza se puede adquirir por medio de la menor posibilidad para el Capital de reemplazar la fuerza de trabajo (ver al respecto el capítulo V) o de debilitarla, y también a través de la organización y las luchas colectivas. Los altos niveles de empleo y el macrocorporatismo del Trabajo en la fase keynesiana, aumentaron significativamente ese poder social de negociación.

5. Esto es así, se postula, porque según enunciara Karl Polanyi, cuando disminuye la mercantilización de la fuerza de trabajo crece el poder general de negociación del Trabajo, pero igualmente la tendencia a la división entre el mismo, mediante identificacio-

formación y por tanto la insurgencia de nuevas capas proletarizadas o que han experimentado drásticos cambios en su condición de asalariación, lo que implica nuevas agencias y nodos de conflicto, nuevas reivindicaciones y formas de lucha (que se ha denominado conflictividad de *tipo marxiano*) (Silver, 2005: 31-33).

En definitiva, las hipótesis centrales que se han manejado hasta hoy tienden a concordar en que en las fases de ascenso se acentúa de modo paulatino, junto con su relativamente menor posibilidad de reemplazo, la organización y fortaleza del Trabajo, pero de forma integrada (reformista). En las fases de *crisis* o de ralentización del crecimiento de la ganancia, disminuye la posición objetiva del Trabajo para influir de manera protagónica en el decurso del sistema capitalista, acentuándose por el contrario la dinámica de pugna intraCapital como motor de los cambios y, en definitiva, como agencia conductora del sistema (ver al respecto, por ejemplo, las obras de Robert Brenner —en especial Brenner, 2003, 2009—). Pero por contra y aun así, las expresiones más desarrolladas o concienciadas del Trabajo (*vanguardias*) se vuelven más rupturistas, preparando la posterior agudización de la *lucha de clase*, que encuentra más nutrientes según se deterioran las condiciones del conjunto del Trabajo, y con ellas, las de legitimidad general del Sistema, pues en su búsqueda de salidas a sus crisis, el Capital debe congeniar el aumento de la tasa de plusvalía con la acentuación de la tasa de explotación y el consiguiente deterioro de las condiciones laborales y de distribución de la riqueza social, como ocurre en la actualidad.

Aun así, tales procesos no son ineluctables; estas tendencias quedan vinculadas a todo un conjunto de factores:

- a. La *capacidad de sustitución* del Trabajo se relaciona estrechamente con el *poder social de negociación* del mismo y, por ende, con su me-

nes o identidades (de estatus o de “competencia” profesional) fuera de la identidad de clase, que resultan mecanismos de autoprotección o *distinción* de las capas más altas o acomodadas del Trabajo. Estas identificaciones se hacen valer a menudo después, en las fases descendentes, como blindaje contra los sectores más precarizados de la fuerza de trabajo, para preservar ciertas garantías de aquellos estratos más altos.

nor o mayor acceso al conjunto de la riqueza social producida dentro de una determinada formación social.

- b. Esta última condición tiene que ver, a su vez, íntimamente, con la mayor o menor fortaleza de la demanda, esto es, con el poder adquisitivo de la mayor parte de la población [lo cual a su vez condiciona el aumento o disminución de las posibilidades de realización del capital, vale decir, de convertir la plusvalía obtenida en la producción en ganancia mediante la venta].
- c. Sin embargo, no hay que olvidar que esa fortaleza de la demanda está también en función, primeramente, de la riqueza total generada, la cual depende del desarrollo de las fuerzas productivas y en concreto del producto interior bruto (PIB) per cápita alcanzado (donde la productividad es un factor importante aunque no exclusivo). Las fases de ascenso de la acumulación o de desaceleración de la misma, ejercen asimismo una notable influencia en la predisposición y los límites del Capital para la distribución.
- d. Todas estas condiciones repercuten en la *capacidad de reformismo* existente en una formación social dada (ver capítulo V) a través de cierta distribución de la riqueza y desmercantilización de la fuerza de trabajo, y se hallan imbricadas en las condiciones inmediatas y mediatas de reproducción del capital, aun cuando éstas siempre sean participadas por la política (o sea, por las condiciones transmediatas).

Ahora bien, existen otros factores que están más explícita y singularmente vinculados a las condiciones transmediatas de reproducción del capital. Se trata de:

- e. La fortaleza organizativa e ideológica conseguida por el Trabajo en un determinado momento histórico (que es la que posee potencialidad de realizar su fuerza intrínseca en fuerza explícita transformadora⁶), en

6. El Capital depende del Trabajo para ser Capital, sin él, sin explotación, no existiría. En cambio, el Trabajo consigue su emancipación dejando de ser Trabajo, precisamente sin la existencia del capital y su valor en proceso. El Capital siempre tiene que vencer la resistencia intrínseca de la Vida a ser negada, a ser convertida en Trabajo. Esta es la gran debilidad de aquél y el vector de fuerza intrínseco de éste, como ya Hegel

especial dentro de cada formación social de referencia, pero asimismo a escala regional y global. Esto puede traducirse también, de alguna manera, por el grado de madurez histórica alcanzado por el Trabajo [o capacidad de empujar las condiciones objetivas que actúan sobre la *necesidad* de superar su subordinación]

f. La capacidad de debilitamiento del Trabajo [o de contrarrestar su fuerza intrínseca] que, por el contrario, ejerce el Capital. Aquí entran tanto dispositivos políticos como policíaco-militares e ideológico-culturales. También cuentan aquí, como en bucle de retroalimentación con las condiciones inmediatas y mediatas, las medidas (políticas) económicas estratégicas destinadas a debilitar la fuerza del Trabajo y a perpetuar la propia reproducción inmediata y mediata del capital. Las medidas económicas estratégicas destinadas a debilitar el poder social de negociación del Trabajo y asegurar elevadas tasas de explotación, pasan principalmente por cuatro tipos de desplazamiento (ver Silver, 2005):

- 1) desplazamiento espacial y temporal del capital;
- 2) desplazamiento tecnológico-organizativo del capital;
- 3) desplazamiento del capital hacia nuevas líneas de producción e industrias más rentables, con nuevas formas o elementos dominantes de producción; y por fin,
- 4) desplazamiento del capital fuera de la producción.

En realidad, con ello no estamos hablando sino de la permanente y creciente *movilidad del capital*, que se puede manifestar espacial (y temporalmente⁷) en el primer caso, así como a través de la innova-

apuntara al respecto de la “dependencia” del amo sobre su esclavo. Ver sobre esto nota 55 en el apartado final.

7. La posibilidad del *desplazamiento temporal* del capital excedente también es siempre recurrida, por supuesto, y consiste en que los flujos de capital se alejen del terreno de la producción y el consumo inmediatos (circuito primario de la economía), para invertir en infraestructura productiva a ser rentabilizada en un futuro más o menos lejano (circuito secundario de la economía: instalaciones, capacidad de generación de nueva energía, nuevas vías para el traslado de mercancías y fuerza de trabajo, etc.), o bien en

ción-planificación, en el segundo; o bien como neoproducción, en el tercero. La cuarta posibilidad es la que hace crecer el peso de la vertiente financiera del capital en la economía.

Los factores *e* y *f* descritos tienen que ver con la constitución del Capital y del Trabajo como sujetos transnacionales y como sujetos históricos⁸, y se entrelazan dialécticamente con los anteriores, si bien añaden a las posibilidades de reformismo la variable de la transformación social a favor del Trabajo, de modo especial cuando:

- A. Hay un relativo agotamiento de la capacidad de sustitución del Trabajo paralelo al aumento de su fortaleza explícita, pero no se ha producido una respuesta reformista por parte del Capital, o si se produjo se ha terminado por degradar abruptamente (ha sido propio de formaciones sociales semiperiféricas y periféricas); y
- B. Ha habido un alto nivel de reformismo parejo al agotamiento de la capacidad de sustitución del Trabajo y al incremento del poder social de negociación de éste (Estado Social, socialdemocracia avanzada), pero el Capital no puede por más tiempo mantener esa opción debido a su declive degenerativo en el desarrollo de fuerzas productivas y en la tasa media de ganancia (seguir capítulo V al respecto). Se produce entonces una situación de trance entre la recuperación de la sus-

gasto social que favorezca la investigación y el desarrollo y, en general, la cualificación de la fuerza de trabajo en el porvenir (circuito terciario de la economía). No obstante, la inmediatez y el cortoplacismo del “interés” de los diferentes capitalistas, nunca les permitió terminar de apostar de forma abierta por este desplazamiento temporal de la ganancia, por lo que tuvieron que recibir el “empujón” de la *lucha de clase* que posibilitó que el Estado (como “capital colectivo”) asumiera esas tareas con muy diverso entusiasmo en unas y otras sociedades. Hoy, dados los crecientes problemas de rentabilidad y la escasa dimensión de esta lucha en tantos lugares, el Capital se inclina en proporción decreciente por esta salida (enflaqueciendo las posibilidades del Estado en este sentido) (ver Naredo, 2006). Sobre estos tipos de movilidad del capital y sus co-implicaciones remitimos al capítulo siguiente.

8. *Sujeto histórico* podríamos llamar a aquel que presenta conciencia y afán de historicidad, intencionalidad de crear sus propias coordenadas sociales. Por lo tanto, poseedor de un proyecto social omniabarcador.

Pero esa circunstancia común no indica unas semejantes condiciones de vida, sobre todo si se toma como referencia el conjunto del planeta. Acerca de la fragmentación interna del Trabajo a escala de unas y otras formaciones sociales, son bien conocidas las aportaciones de autores en la línea del autodenominado “marxismo analítico”, cuya expresión menos adscrita al individualismo metodológico y, por ende, más relacionada con nuestros objetivos, está encarnada a nuestro juicio por Olin Wright. Apunta este autor dos tipos de divisiones estructurales dentro de la población asalariada: a) posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase, y b) posiciones de privilegio dentro de las relaciones de explotación.

Las *posiciones de privilegio* implican un grado de apropiación mayor de la plusvalía generada (o de menor explotación propia), ya sea debido a la posesión de cualificaciones o destrezas no muy distribuidas en el conjunto de la población asalariada (expertos, trabajadores cualificados...); o bien por la posición más cercana que se tiene en relación a la autoridad o jerarquía y el control en los procesos productivos (‘managers’, supervisores...).

Posiciones contradictorias, por su parte, serían las de aquellos que poseen medios de producción pero no con suficiente importancia como para comprar fuerza de trabajo, o lo hacen solo en pequeña medida u ocasionalmente, teniendo a menudo que trabajar también ellos mismos (el pequeño patrón como figura diferenciada del capitalista; algunas veces el trabajador autónomo que emplea otros trabajadores); o incluso trabajar ya sea ocasionalmente o con frecuencia para otros (propietarios agrícolas que a un tiempo son jornaleros o asalariados en general, por ejemplo)¹².

misma vinculación. Con todo, es obvio que la designación se encuentra abierta al debate en la búsqueda de otras mejores.

12. Las *posiciones contradictorias* se complican aún más si tenemos en cuenta las *posiciones de clase mediadas*, esto es, aquellas que vienen dadas por los grupos básicos en los que se establece la identidad de clase o la ubicación general en la sociedad: las familias. Ocurre que con frecuencia la posición de clase personal y la familiar pueden ser distintas, afectando contradictoriamente la autoadcripción de cada individuo. Para un buen y necesario análisis de todos estos puntos, Wright (1994 y 1997).

Estos dos conjuntos de divisiones estructurales afectan verticalmente al Trabajo, jerarquizándolo internamente [*plano vertical*].

A ellas hay que añadir la estructuración de desigualdad que acompaña a la división mundial del trabajo y que provoca posiciones de privilegio de la fuerza de trabajo de las formaciones centrales, tomada en su conjunto, frente a la fuerza de trabajo de las formaciones periféricas [*plano espacial*].

Apuntamos, además, que si bien la relación de clase o de explotación tiene su expresión en la división social del trabajo, hay otras divisiones del trabajo que la complejizan y son susceptibles de constituir igualmente *formas* o expresiones (complementarias) de la *relación de clase*: se trata, por ejemplo, de la división sexual y la división étnica o cultural del trabajo.

En ocasiones podrían coincidir con la relación de clase fundamental capitalista, siempre que la apropiación y consecuente división social del trabajo se hiciera exclusivamente a partir de criterios de género o étnicos. Pero en las formaciones sociales capitalistas, *género* y *etnia* constituyen expresiones transversales a la relación de clase capitalista, a la que “abren” al afectarla en ambos lados de la misma, tanto vertical (Capital/Trabajo), como horizontalmente (Capital/Capital y Trabajo/Trabajo) [*plano transversal*].

Posibilitan, por tanto, siguiendo ahora la vía que abrió Weber, el acaparamiento de *oportunidades de vida* también entre el Trabajo a través del diferente acceso de unas u otras personas que integran este lado del binomio de clase a los recursos, a los medios e instrumentos de producción de pequeña escala o a la posición dentro de una división social del trabajo dada¹³. Todo lo cual determina unas *relaciones de privilegio* estructurales, que se traducen en una cierta *usurpación de oportunidades de vida*.

Las *relaciones de privilegio* que obedecen a los patrones de género y étnicos son hoy las más fuertemente arraigadas al presentar una base sociohistórica naturalizada.

13. Roemer (1995) habla de diferente acceso a los recursos, al prestigio social y al poder. Referencias pertinentes, a nuestro juicio, siempre que consideremos ese poder —los poderes— con minúsculas, sustentadores del Poder sistémico (veremos en el apartado 3 el desarrollo de estos puntos, así como de los tres planos aquí tratados).

El gran “éxito” del capital para convertirse en *modo de producción* es que ha supeditado todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de explotación (de extracción de valor), que por eso se ha constituido en hegemónica, sustentadora de un sistema social hoy planetario. Eso transcurre paralelamente a su logro para difuminar la relación de clase vertical Capital/Trabajo, visibilizando y multiplicando, en cambio, las diferencias horizontales Trabajo/Trabajo (de estatus, género, identitarias, etc.).

Por eso mismo, o contra eso mismo, es que elegimos la designación de *Trabajo* para englobar todas esas divisiones¹⁴.

Desde la Primera Revolución Industrial determinados sectores del Trabajo han presentado una agencialidad intencional en orden a integrar todo aquel conjunto de divisiones y establecer mejoras universales de su situación, llegando a generar sujetos colectivos con afán de historicidad, o sea, de alternatividad sistémica al orden dado de las cosas. El *movimiento obrero* ha sido la expresión más consciente del mismo, la resultante más madura del acopio de conciencia de la humanidad sobre su propia explotación y alienación.

El concepto *Trabajo* es, por tanto, una idea-fuerza (intencionalidad ideológico-política fundamentada en la capacidad transformadora del conocimiento constructivo, de la propia ciencia, sobre la realidad), y como tal señala la posibilidad de establecer vías de encuentro de inte-

14. Las hasta hoy cada vez más logradas cotas de hegemonía (como resultado de la combinación de las condiciones inmediatas, mediatas y transmediatas del capital —estas últimas ligadas al perfeccionamiento de los dispositivos de control y represión—) política, cultural e ideológica del Capital sobre las poblaciones, junto a las transformaciones económico-sociales producidas, han tendido a que los sujetos políticos populares o del Trabajo se hayan ido detrayendo en “agentes” sociales, y estos últimos vayan reduciéndose a meras “categorías sociales”, tan estimadas por la ciencia social positivista en cuanto que categorías estadísticas, descriptivas, que hacen referencia a grupos de personas que comparten alguna propiedad específica, sin que dicha propiedad o característica se constituya ya en fuente de identidad colectiva ni por tanto les aúne para accionar colectivamente o establecer formas de organización bajo objetivos compartidos.

Esto nos advierte sobre el hecho de que las posibilidades de subdividir a la población hasta su delincuencia agencial son prácticamente ilimitadas, y es por eso que las propias definiciones y clasificaciones sociales se sitúan en el centro de las pugnas por la construcción social de la realidad.

reses, de coincidir en objetivos y realizar posibles *coaliciones* identitario-políticas entre la población que tiene a su fuerza de trabajo como principal medio de vida. Para ello cuenta con la conciencia política, en sus distintos grados, como imprescindible (aunque inestable)¹⁵ argamasa. Podemos hablar así, en consecuencia, de Trabajo más o menos cualificado, con mayor o menor estatus, Trabajo generizado, Trabajo etnificado, etc.

Únicamente así pueden concebirse vías de transformación social en favor de las grandes mayorías.

Eso no es óbice para que, sea cual sea cualquier opción ideológica que se elija, tengamos presente que la intencionalidad proyectiva de la ciencia nunca puede descuidar los planos de la realidad social construida con la que interactúa. Por eso, en nuestro caso, resulta imprescindible conocer las enormes dificultades de la intervención colectiva del Trabajo, vale decir, de su agencialidad común; los obstáculos de la acción transformadora de clase, que es lo que la dificulta o reduce a veces al límite. Pero asimismo cuáles son sus coadyuvantes, sus potencialidades, qué y de dónde puede verse fortalecida para desafiar incluso las propias posibilidades de “regulación” del Sistema. Pues, recordamos, la tendencia de las fuerzas productivas a desarrollarse en todos los aspectos, también en el de la *conciencia* y la *organización*, puede ser el más potente factor en la desestabilización de las relaciones sociales de producción, incluso más que la combinación de elementos supraestructurales y estructurales en su estabilización.

De ahí que el lado fuerte del marxismo que aquí queremos resaltar es precisamente el que hace hincapié en la capacidad antirreguladora (transformadora) de las luchas del Trabajo. Por eso mismo, en cambio, cualquier salida hacia delante de cada fase de crisis capitalista requiere una seria reestructuración de las relaciones Capital-Trabajo, en una intervención respecto a la *lucha de clases* (en realidad *luchas de clase*)¹⁶ que ha ido

15. Vemos en el apartado 4, y especialmente en la nota 57, la alta indeterminación del factor *conciencia*. Ver también para más detalles, la introducción de Piqueras (2009).

16. Luchas en torno a la relación de clase (ver nota 2). Esas luchas pueden ser por una mayor o menor distribución de la plusvalía generada en la explotación (luchas de clase cuantitativas), o contra la propia explotación de unos seres humanos por otros, es

realizándose de forma cada vez más planificada por parte del Capital, y que obliga al Trabajo a asumir el enorme reto de ponerse a su altura estratégica para tener en adelante alguna oportunidad de emancipación.

2. Antecedentes

El despegue de la segunda posguerra de las principales sociedades centrales de Europa, al igual que en el caso japonés, se asentó sobre una fuerza de trabajo que recibía salarios extremadamente bajos en relación con su cualificación. Circunstancia posible por el alto ejército de reserva industrial que se había creado en ellas, amén de la tasa de reposición de la fuerza de trabajo que garantizaba el sector agrícola (en Alemania, por ejemplo), que aseguró la presión a la baja de los salarios al menos hasta la década de los años sesenta. Ello tuvo su punto de arranque en la derrota de las rebeliones obreras de posguerra y la subsiguiente conformación de un sindicalismo integrado¹⁷, atento a las necesidades de acumulación de capital.

decir, por la eliminación de la relación de clase (luchas de clase cualitativas). Las primeras pueden ser *latentes* (debidas a la fricción implícita que genera e implica la sujeción y ejecución práctica del trabajo abstracto, y pueden traducirse en “escamoteos”, “negligencias”, “desórdenes”, “perezas”, “absentismos”, “mal trabajo”, “libertinajes”, “vaguería”, “ingraticudes” o “infidelidades”...), o explícitas (precisan cuanto menos de un determinado grado de conciencia del antagonismo de clase, y por ende pretenden la proyectividad colectiva de las acciones recién mencionadas o de otras más dirigidas).

La *lucha de clase cualitativa* requiere necesariamente que ocurran parciales transformaciones del Trabajo como objeto de explotación, como mercancía, al Trabajo como *sujeto* de desalienación (que intenta recuperar la totalidad de su tiempo de vida para sí). Vale decir, que hay partes del Trabajo que se transforman de meros agentes inmersos en coordenadas dadas, en *sujetos* que procuran establecer sus propias dinámicas de vida y adquieren autonomía ideológica. Las clases no luchan como sujetos coordinados, si bien sectores más conscientes de ellas pueden devenir sujetos colectivos susceptibles de otorgar niveles de agencialidad más consciente al conjunto de la clase social. Ver para profundizar en todos los elementos que se señalan en esta introducción, Piqueras (2002, 2009).

17. Brenner (2009: 161) habla de que el *boom* de la posguerra, especialmente en Alemania y Japón, “se basó más en la derrota del movimiento obrero que en su reconocimiento, más en su subordinación explícita que en la consolidación de un hipotético ‘acuerdo capital-trabajo’”.

En las formaciones centrales el movimiento obrero, como la parte más consciente y organizada del Trabajo, era en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista (organización de intereses a escala nacional a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes —Alonso, 1999—). Lo que significa que el movimiento obrero incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta manera, en el ámbito general del macrocorporatismo, propio de las formaciones centrales de esta fase, en la lucha por un mejor reparto de la plusvalía¹⁸, pero ya no contra la apropiación privada de la plusvalía.

A cambio los Estados capitalistas emprendieron una creciente inversión y gasto público, que junto a la expansión del sector estatal, incidieron espectacularmente en la demanda y propiciaron, de la mano de la previa combatividad del Trabajo, una nueva generación de derechos, los socioeconómicos, que sumados a los civiles y al mejoramiento de los políticos, enriquecieron de modo considerable la ciudadanía y constituyeron la base del *Estado Social*, caracterizador de estas formaciones sociales. Esto entrañó la entrada del capitalismo monopolista de Estado en su subfase keynesiana¹⁹ con la integración del Trabajo

18. Aunque siempre vigilando que los aumentos salariales no excedieran los de la productividad. Su “estrategia degradada” (o su subordinación estratégica) se asienta en la consideración de que en una economía capitalista todos los sectores de la sociedad dependen en un grado u otro de la inversión privada para el crecimiento económico, el empleo y la recaudación de impuestos para el gasto público. Si la tasa de ganancia de las empresas capitalistas locales desciende (si la correlación salarios/ganancia es demasiado perjudicial para el Capital) tenderán a desinvertir en el lugar y por consiguiente los salarios y conquistas obreras perderían lo logrado hasta el momento.

19. Las diversas fases en que secuenciamos el capitalismo histórico son: liberal competitivo, monopolista privado, monopolista de Estado (subfase autoritaria), monopolista de Estado (subfase keynesiana), monopolista transnacional. A esta última es a la que lla-

en el orden capitalista y la consiguiente institucionalización del conflicto.

La mejor correlación de fuerzas a escala internacional, con la pujanza del Segundo Mundo o Bloque Socialista como *sujeto internacional*, tuvo también su papel en todo ello²⁰.

A finales de la década de los 60 del siglo XX y muy especialmente a partir de la quiebra económico-energética de 1973, se evidenciaría, sin embargo, el cierre de este modelo de crecimiento, que en las sociedades centrales vendría de la mano de un conjunto de circunstancias coincidentes.

Por un lado, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que se supone inherente a la acumulación capitalista (y que conlleva la permanente mudanza de las condiciones de vida en cualquier formación social), tiende a la mayor utilización de (e innovación en) tecnologías intensivas en capital. Estas últimas entrañan una significativa menor utilización de fuerza de tra-

mamos aquí también *capitalismo tardío* (a diferencia de Mandel que ya había aplicado este término al capitalismo monopolista de Estado —CME— en su subfase II). Entendemos también el capitalismo tardío como *capitalismo declinante*, especialmente a partir de los primeros cortocircuitos de la *globalización* en los años 90, según se explicará más tarde (ver Anexo II del Apéndice).

Si bien el término de CME fue rechazado por el propio Mandel (1986), por entender, entre otras cuestiones, que tras él se escondía una visión regulacionista acentuada tendente a apuntar que el capitalismo había encontrado la forma de superar sus contradicciones estructurales y sus tendencias cíclicas a la crisis, no se quiere aquí conferirle tal poder al término, sino sólo denotar la entrada en juego del Estado como agente protagónico en el capitalismo monopolista, haciendo de él un tipo de “capitalismo organizado” (siguiendo parcialmente la vía abierta por el modelo de economía planificada, estatal-burocrático, de la URSS), entre otras consecuencias. Para Uno y Sekine tal circunstancia supuso, precisamente, el principio de la larga transición hacia el “ex-capitalismo” (puede seguirse una buena explicación de la periodización de estos autores en Bell —2009—).

20. Esa influencia mundial favoreció igualmente que en las formaciones periféricas las burguesías nacionalistas, a veces coaligadas con las luchas populares, intentaran a través del *proceso de Bandung* una vía “autóctona” de capitalismo, dando paso con ello a expresiones del Estado inclinadas a una tímida mayor distribución de la riqueza social. Diríase que la fase de la postcolonización en Asia y África pretendía ponerse al paso de las formas de Estado popular o cuanto menos populista, que tiempo atrás habían brotado en América Latina y el Caribe.

bajo por unidad de capital invertido, lo que además de provocar una tendencia hacia la eliminación de empleos²¹ implica una consecuencia realmente grave para el funcionamiento capitalista, que es la sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar (según aumenta la composición del capital fijo sobre el variable en la composición orgánica del capital, menor ganancia se es capaz de generar en proporción)²² y una feroz batalla asimismo en torno al I+D, que deviene cada vez más oneroso

Como quiera que la Tercera Revolución Tecnológica se había generalizado, pasó de ser una fuente de beneficios de las empresas vanguardistas a una causa de aumento generalizado de la competencia y de sobreacumulación de capital por falta de eliminación del capital menos competitivo²³. La consiguiente falta de rentabilidad desincentivaría la producción.

Aunque con otro grado de causalidad hay que contar igualmente con el relativo aumento del poder social de negociación del Trabajo y de su fortaleza organizativa, y con ellos su capacidad para obtener más parte del total de la plusvalía generada (aunque fuera en salarios indirectos y diferidos). Asimismo incidía su mayor capacidad de frenar la intensidad en el trabajo (menor jornada, mejores condiciones laborales, menor intensidad laboral).

21. Esto da como resultado exigencias crecientes de incremento del PIB para asegurar la creación de empleos (lo que sustenta también la tendencia a que en cada recesión capitalista se eliminen más empleos de los que en el remonte posterior se puedan recuperar). Ver para estos puntos, Katz (2010).

22. Digamos que al reducirse la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, se restringen cada vez más los impactos de los aumentos de la productividad en la elevación de la tasa de plusvalía, y se limita también la conversión de plusvalía extraordinaria en ganancia extraordinaria, que es el objetivo básico de la inversión capitalista. Además, la eliminación de fuerza de trabajo de los procesos productivos (desempleo estructural), generada de manera decisiva por la automatización y respaldada por el desplazamiento espacial del capital, se une a estos factores en la significación del aumento de la composición orgánica del capital y la correspondiente caída relativa de la tasa de ganancia.

23. Como es imposible detenerse aquí en la explicación de estos procesos, remito a la excelente y exhaustiva explicación de Brenner (2009, especialmente el capítulo 2). En este mismo volumen puede seguirse en el capítulo 5 cómo la velocidad de innovación a que empuja la competencia es incapaz de rentabilizar en ganancia lo invertido.

Se sumaba a esto el hecho de que el incremento de la renta de los asalariados y la diversificación profesional exigía del mismo modo una mayor diversificación del consumo, debilitando el rígido esquema fordista de producción.

Los tradicionales mecanismos anticíclicos keynesianos impidieron la crisis mediante la expansión del endeudamiento público y privado (acompañado de estímulos fiscales y un crédito cada vez más barato). Con todo ese subsidio a la demanda (y por tanto al consumo) tuvo el efecto paradójico de perpetuar el exceso de capacidad y producción en el sector industrial, evitando la depuración de los capitales menos rentables. Esto es, llegó un punto en que las medidas keynesianas tradicionales salvaron el estallido de la crisis a costa de hacerla permanente (al poner freno a la rentabilidad y perpetuar el escaso dinamismo de la economía).

Cuando esto se hizo insostenible, a finales de la década de los años 70, las formaciones sociales centrales optarían justamente por medidas antitéticas de las keynesianas, de tipo monetarista, reduciendo el gasto público para tratar de equilibrar el presupuesto al tiempo que endurecerían el crédito²⁴. En general, se preparó el camino de intervención política y económica que daría lugar a una nueva fase del capital. De esta forma si, como señalan nuestros economistas (Albarracín y Montes, 1996), durante el (pseudo)keynesianismo el crecimiento salarial fortalecía la demanda, desde entonces interferiría en los beneficios; si antes la acumulación expandía el empleo, a la sazón había que reestructurar el aparato productivo a costa de las plantillas y facilitar la “flexibilidad” contratadora; si antes los gastos del Estado habían ayudado a contar con una demanda relativamente fuerte (con aceptable poder de compra), en esos momentos debían reorientarse para favorecer la inversión y acrecentar la tasa de ganancia capitalista, reduciendo sus propios gastos también por medio del recorte de impuestos sobre el excedente. Todo lo cual abriría la puerta a las iniciativas de represión de

24. Sin duda contribuyeron a depurar el capital obsoleto y a la sobriedad presupuestaria de las empresas, pero con ello se desincentivó, por otra parte, la expansión de la inversión a otros sectores, dadas las mayores dificultades institucionales para las empresas y el escaso crédito al que podían acceder (ver de nuevo Brenner, 2009).

la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, que presidirán en adelante por doquier las estrategias de gobierno del Capital.

Esto se unía al hecho de que los Estados estaban perdiendo su capacidad de ofrecer un marco propicio para el desarrollo del capital monopolista, el cual tendía a buscar para su reproducción ampliada el *espacio global*, sin que ello fuera en menoscabo de su necesidad del Estado, que se decanta cada vez más como garante de la oferta. El capital monopolista que daba el paso a su dimensión transnacional iba a precisar crecientemente también de la potenciación de *instituciones globales* (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Naciones Unidas, Unión Europea, Grupo de los 8, Organización Mundial del Comercio, etc.) capaces de asegurar, junto a los Estados individuales, las condiciones generales de reproducción ampliada del capital.

De lo que se trataría en lo sucesivo es de reducir los costes de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo existente en cada parcela (Estado) del Sistema, a un tiempo que se preparan las condiciones de debilitamiento general de las fuerzas del trabajo.

La reconfiguración universal de la relación Capital/Trabajo, en detrimento de este último, implicará una reestructuración de la dominación capitalista, pero de igual modo profundos cambios en la composición interna de poder dentro del propio Capital como sujeto histórico, que resultará a favor, entre otras consideraciones, de sus sectores más transnacionalizados. También, en gran medida, de los más parasitarios.

3. Razones de la debilitación de los sujetos, organizaciones y movimientos del Trabajo en el capitalismo monopolista transnacional

En la actual fase degenerativa del capitalismo (postkeynesiano), o *capitalismo tardío*, transnacional, la clase capitalista global combina la totalidad de políticas económicas tendentes a socavar la fortaleza del Trabajo y a acrecentar su explotación (ver introducción). El nuevo modelo de acumulación incorpora a la vez un:

- desplazamiento espacial del capital (hacia las periferias dentro de cada Estado y hacia las periferias del Sistema, allá donde existan más posibilidades de rentabilizar inversiones, en un movimiento incesante hacia las localizaciones menos conflictivas, con una fuerza de trabajo más dócil —con menor poder social de negociación);
- desplazamiento técnico-organizativo (que se encuentra en la base de una especie de fordismo disperso o “toyotismo cicatero” —Silver, 2005—, que a diferencia del toyotismo clásico ya no ofrece garantía del puesto de trabajo a cambio de la entrega a la empresa);
- desplazamiento interno en la producción hacia el software y una nueva línea productiva de servicios (terciarios, cuaternarios y quaternarios);
- desplazamiento masivo fuera de la producción hacia las finanzas.

Lo que viene a continuación es una síntesis histórico-sistémica de cómo se ha producido la articulación de estas ofensivas estratégicas en los diversos ámbitos para debilitar a las fuerzas del Trabajo y para reducir su significancia como sujeto histórico.

3.1. La “coacción sorda” de los procesos inmediatos y mediatos de reproducción del capital

A partir de los años setenta y hasta el último decenio del siglo XX, la acumulación capitalista se desenvuelve a través de las siguientes circunstancias sistémicas:

- El conjunto de innovaciones producido en la microelectrónica, la informática, la biogenética y la robótica posibilita y sustenta la cuarta revolución industrial-tecnológica del modo de producción capitalista, la cual permitirá

—por una parte, acelerar enormemente en las economías y los sectores más avanzados los tiempos de rotación del capital²⁵, así

25. Esto es, acortar el tiempo entre la producción y la venta de mercancías. Lo que

como la producción y el control del trabajo a distancia (dado el alto desarrollo de las tecnologías de la información, la comunicación y los transportes);

—y por otra, la creciente sustitución del *trabajo vivo* (seres humanos) por *trabajo muerto* (máquinas —cada vez más “inteligentes”—). Este último incorpora el saber social y científico de la fuerza de trabajo y afianza la tendencia hacia la desvalorización real de cada vez más mercancías (dado que el tiempo empleado en su producción tenderá a ser menor), incluida en principio la propia fuerza de trabajo.

- Esta base físico-técnica permite también emprender la dimensión transnacional del capital, la cual se expresará en su inicio principalmente en un incremento de la exportación de *capitales excedentes* de los centros a las periferias del Sistema, con vistas a posibilitar en estas últimas una valorización o rentabilidad de la que se veían imposibilitados en las primeras. La otra vertiente de la expansión mundial y mundializadora del capital es política: el desplazamiento (o “deslocalización”) global del capital busca debilitar por doquier el poder social de negociación de la fuerza de trabajo, lo mismo que abaratar su costo, mediante la búsqueda y entrada en competencia de mano de obra más y más barata.
- El carácter primero transnacional y finalmente global del Capital como sujeto histórico (esto es, la universalización de la clase capitalista) termina de completarse con el fin del bloque-Segundo Mundo como sujeto internacional entre la penúltima y la última década del siglo XX (caída de la URSS y sus países dependientes). Este es un hecho *total*, pues marcará también una divisoria dramática en el propio devenir capitalista, facilitando a través del debilitamiento general de las fuerzas del Trabajo una nueva onda de acumulación hasta entonces obstaculizada. Ese nuevo despegue acumulativo se

permite una más pronta realización de la plusvalía en ganancia, así como producir más veces en un mismo periodo de tiempo, multiplicando a la vez las mercancías de corta vida y las posibilidades de ganancia. Esto da una gran ventaja competitiva a aquellos capitales y economías que logran esa aceleración de los tiempos de rotación.

realizaría mediante la prolongación de la degeneración financiera del sistema capitalista, y llevó consigo la derrota del proyecto modernizador de las burguesías del nacionalismo desarrollista de las Periferias nacido en Bandung y el ataque frontal a la versión popular e incluso populista del Estado. Ha significado igualmente el paulatino desmantelamiento de la socialdemocracia en las sociedades centrales.

- La incorporación de aquella última frontera, es decir, la población y recursos del *Segundo Mundo* (en especial China, además de la URSS y otros países del Este europeo, pero asimismo de otras zonas de Asia, antes solo parcialmente incorporadas, así como ciertas de África) terminará de completar la universalización de la ley del valor del capital. Hecho que se verá también favorecido con la creciente absorción de la fuerza de trabajo femenina y campesina mundial no incorporada con anterioridad (sobre todo de las *periferias* del Sistema). Toda esa nueva fuerza de trabajo comparte un limitado (por falta de logros), o degenerado (por derrota), alcance de conquistas sociales históricas que pudiera permitir atenuar su extra-explotación, y por tanto presenta un bajo o muy bajo nivel de aceptación laboral²⁶, lo cual hace que pueda ser incorporada con reducción de derechos sociales y laborales e incluso, a menudo, al margen de la ciudadanía.
- La presión a la baja que esas poblaciones ejercen en los mercados laborales conlleva la pérdida de poder social de negociación del resto de la fuerza de trabajo mundial y por ende, el refuerzo de la capacidad de dominación de la misma por parte del Capital. Circunstancias que coadyuvan decisivamente al incremento general de la plusvalía a través del aumento de todo tipo de formas de explotación y sobreexplotación.
- Los procesos descritos arrojan como resultado el que se haya conseguido hacer de la humanidad una (única) *fuerza de trabajo mundial*. Fuerza de trabajo que sin embargo permanece dividida geográficamente (ya sea a escala estatal o incluso regional y local), tanto como

26. El *nivel de aceptación* de las condiciones de trabajo es una relación política, y está en función del poder social de negociación que tengan unos y otros sectores de la población activa (según la posición que se ocupa en el sistema de reproducción social, tanto por adscripción familiar como individualmente en la estructura de clases).

cultural-identitariamente²⁷, con diferentes grados de organización y adquisición de conciencia político-histórica, con muy disímiles niveles de vida y derechos, y en contextos de civilidad (o de construcción de *lo social*²⁸) enormemente dispares.

- A la par que se dan esas acusadas diferencias entre la fuerza de trabajo mundial, el capital experimenta una hipermovilidad que se manifiesta en la creciente espacialización de su dinámica productivo-reproductiva (agudización o globalización de su dispersión espacial).

27. No debemos pasar por alto que la *identidad* ha fungido como elemento de control o fijación de poblaciones a determinadas versiones proyectadas desde los distintos poderes económicos y territoriales. La identidad como identidad fija, o más bien fijada, desprovee a sus supuestos portadores de gran parte de su capacidad de gestación y participación real en ella. Antes al contrario, deben adaptarse a ella para no verse relegados en, o de, un determinado medio social. Se favorecen así *hábitus* no permeables a la autorreflexión, y en la medida que la identidad es vista como un referente ideal al que amoldarse (ajeno a la vida real de las personas), genera individuos frágiles, con menos posibilidades a su alcance para identificar los procesos en que están envueltos, y en consecuencia más fácilmente manejables. Las pretensiones de fijación (mediadas por la relación de clase) a una sola expresión (hegemónica) del "nosotros" (y por tanto también de cada "yo"), sacrifica todas las demás posibilidades de individuos y colectivos, y entorpece las potencialidades de continua renovación y cambio que encierran sus vidas cotidianas. La identidad se erige de esta manera en un potente dispositivo de dominio, disimulando con su apariencia presumidamente inmutable, las relaciones sociales que subyacen a la misma: los diferentes procesos de producción cultural de las gentes y las múltiples luchas por identificar el mundo al interior de cada sociedad (sobre esto último, Holloway, 2002).

Cerrar filas en torno a una única definición identitaria-cultural, anclando a los individuos a la misma, contribuye también a inmovilizar el orden social que la subyace. Cuanto más frágiles son aquellos más se les sobresaatura de identidad (nacional, religiosa, étnica...) (Alba Rico, 1995), y a menudo por tanto, más la anhelan o persiguen, respondiendo a (o definiéndose primordialmente según) esa supuesta identidad cuando se les interpele; mostrando con ello su propia expropiación.

Ver, en apartado 4 (nota 57), en cambio, para contraponer a esta vía heterónoma de constituir la identidad, la construcción de identidades "autónomas", reflexivas, y por consiguiente, políticas.

28. *Lo social* es el nuevo ámbito que se crea con la constitución del Trabajo y el Capital como sujetos que se reconocen mutuamente e interaccionan de forma enfrentada pero hasta cierto punto regulada, en la administración de las cosas. Es por tanto un espacio reconocido de interacción, negociación y representación, en el que llevar a cabo la acción e intervención de los agentes sociales.

- Por eso mismo y por contra, la fuerza de trabajo mundial presenta una movilidad altamente restringida y encauzada (según necesidades de exportación o importación de mano de obra de las distintas formaciones sociales en el sistema capitalista mundial). Eso quiere decir que al contrario que el capital y la clase capitalista, la fuerza de trabajo es obligada a permanecer en gran medida inmovilizada y anclada a entidades socioespaciales e identitarias locales (globalizadas pero no universales o cosmopolitas), aunque en modo creciente en disponibilidad de migrar, o sea, de ejercer como “ejército de reserva global”.

Todas estas circunstancias garantizan un alto grado de sustituibilidad global de la fuerza de trabajo (ya se abundó en el capítulo V sobre los significados y las explicaciones de todo ello).

Este conjunto de circunstancias —sumado a los desplazamientos del capital que se han descrito (o la amenaza de ellos)— permite acrecentar la subordinación del Trabajo, poniéndole a competir entre sí mundialmente por medio del diferente valor que adquiere como mercancía (vale decir, como mano de obra).

3.2. El componente transmediato: la infaltable intervención estatal

Al conjunto de procesos vistos hasta ahora se vendrá a sumar la guerra de clase estratégica que desata el Capital contra el Trabajo mediante órganos e instituciones de poder y regulación social, tejiendo todo un entramado de políticas antisociales que se extenderán a la casi totalidad del planeta (con su piedra de toque en la ofensiva bi-imperial anglosajona que tomó cuerpo en la figura de los presidentes Ronald Reagan-Margaret Thatcher). Se configuraban, así, unos parecidísimos patrones de intervención del Estado tardocapitalista, a través de medidas:

- **Fiscales:** reducción de aportes patronales a la seguridad social; reformas tributarias regresivas que suponen el tendencial aumento de los impuestos al salariado, disminución del salario real (por

congelación o disminución de los salarios nominales respecto a la inflación)²⁹.

- **Financieras:** eliminación de los controles directos sobre el sector bancario; liberalización de las tasas de interés; planes de salvamento del sistema financiero privado; reducción de las competencias de los Bancos Centrales.
- **Laborales:** restricciones de la intermediación sindical y en general de las organizaciones obreras, en la relación laboral; legalización de trabajos precarizados y descenso de los salarios públicos; marginación del mecanismo keynesiano de indexación de salarios ligado a la productividad; creciente sustitución de la *productividad* por la *competitividad* (como medidor de la efectividad de la dominación y explotación capitalistas en los procesos productivos)³⁰; menguamiento de los dispositivos de regulación laboral social recogidos en los estatutos del trabajo o desregulación social de los mercados laborales pareja a la flexibilización de los procesos productivos³¹. Prolongación del ciclo de la vida laboral; confiscación de derechos laborales universales.
- **Públicas:** Favorecimiento de las oportunidades de inversión del capital excedente a través de privatizaciones masivas o la apropiación

29. Según la Comisión Europea, en sus países europeos asociados las rentas del capital, medidas en comparación con el PIB, soportan la mitad de la carga fiscal que las rentas del trabajo. En 2008 era de 8,6% para el capital y de 16,7% para el trabajo. Casi idéntica proporción que 11 años antes, que era de 8,1 y 16,2% respectivamente (*Público*, 15.08.10.).

30. Entre 1981 y 2000 el aumento del salario real en la UE-15 en el promedio de cada año resultó un 0,9% inferior al aumento de la productividad (Schweiger y Rodríguez, 2007).

31. Algunos datos para el caso español son bastante significativos: para los años 1999 y 2002, de acuerdo con el CIS, un 46,4% de los trabajadores prolonga su jornada laboral más allá de la jornada nominal, la quinta parte del conjunto de la población asalariada (un 22,3%) sin compensación económica. Los asalariados a tiempo completo, según Eurostat, trabajan un promedio de 8,5 horas extra a la semana, de las cuales 4,7 horas no son pagadas (lo que quiere decir que más del 10% de la jornada laboral regular acordada por convenio se le regala a la patronal) (Schweiger y Rodríguez, 2007). Otros datos, como los de temporalidad (25,4% para España, 13,5% para la media de la UE en 2010, 2º trimestre) y desempleo (10% para la media de la UE y 20,3% para España en 2010, segundo trimestre), terminan de dar cuenta de la situación creada por una ofensiva que se ha cronificado.

privada de la riqueza social; intervenciones estratégicas con miras a recomponer el poder de clase. Significativo descenso del salario real³² y de los salarios indirectos y diferidos, coadyuvante del continuado aumento de la pobreza relativa (y absoluta). Descenso de los gastos en protección social³³.

- De *seguridad social*: reemplazo del sistema único y solidario por el ahorro individual a través de organizaciones financieras y bancos privados. Paso del sistema universal de atención a un sistema sectorializado y fragmentado.

La presión de esas medidas actuó en el sentido de compeler al conjunto de capitales mundiales a ir adoptándolas so pena de perder “competitividad” frente a quienes más destrozados de la condición laboral (y por tanto, mayor capacidad de explotación) habían logrado con ellas³⁴.

Pero, además, tales disposiciones se complementaron con intervenciones militares y policíacas que intensificaron la lucha de clase estratégica emprendida por el Capital en su vertiente más represiva, buscando la supresión de la capacidad antagónica del Trabajo o su dilución como *sujeto histórico*. Con ello intentaba despejarse el camino de obstáculos para emprender su *era neoliberal*.

32. Tomando de nuevo el ejemplo de España, la participación depurada de los salarios bajó de casi el 75% al 61% del PIB, calculado según costes de factores, entre 1967 y 2007, lo que es congruente con el hecho de que el salario promedio real esté prácticamente estancado desde 1980, según Schweiger y Rodríguez (2007), que además de la explicación de esos datos, ofrecen referencias de aquel descenso para diversos países de la UE y los EEUU Para el Colectivo IOE (2008: 124), el poder adquisitivo de los salarios ha perdido 2,4 puntos entre 1994 y 2006, en España.

33. Ya antes de la crisis de finales de la primera década de los 2000, si miramos los datos de España en protección social, entre 1994 y 2005 redujo esos gastos del 22,8 al 20,8% del PIB (Colectivo IOE, 2008: 232); aún más, del 23,4% en 1993 al 19,7% en 2002, si seguimos los datos de Navarro (2009: 43). En la UE como promedio también descendieron esos gastos: entre 1993 y 2002 pasaron del 27,4 al 26,9% del PIB (Navarro, 2009: 43).

34. *Competitividad* significa, en términos de capital transnacional, los costos unitarios de las mercancías producidas en una formación socioespacial frente a los de otras formaciones (lo cual se viene a traducir frecuentemente por el grado de explotación de la fuerza de trabajo que se consigue en cada una de ellas).

2.2.1. La vertiente policiaco-militar

En efecto, la (pasajera) derrota mundial de las fuerzas del Trabajo no se consiguió apenas con intervenciones de tipo económico, político o social, como las descritas, sino complementaria e incluso previamente a través de un pulso militar que exterminó, doblegó o marginalizó³⁵ las fuerzas más conscientes, organizadas y combativas del Trabajo, incluido con el tiempo, muy especialmente, el propio Segundo Mundo; preparando de esa manera el terreno para la puesta en marcha de aquellas medidas con la menor oposición posible. Se imponía así también el marco dado de las cosas (“fuera del Sistema no hay nada”), a partir del cual en adelante cabrían hacerse las composiciones de lugar y el horizonte de posibilidades de los distintos sujetos sociales.

Esas intervenciones tuvieron dos vertientes especiales: la ofensiva antisindical y antipolítica en todas las formaciones sociales, y la lucha contra las organizaciones políticas y político-armadas del Trabajo principalmente, aunque no solo, en las sociedades periféricas y a veces semiperiféricas.

Cuadro 1

Algunos hitos de la ofensiva general contra los sujetos antagónicos

Las sociedades capitalistas centrales, apiñadas en torno al liderazgo político-militar de EEUU (más decisivo a partir del mandato de Reagan), emprenden una gran ofensiva política, militar e ideológica no solamente para combatir las vías de intervención de los sujetos organizados del Trabajo, sino también la búsqueda de caminos político-

35. Esa marginalización sería completada a través de la ofensiva y victoria ideológica del Capital (ver más abajo) para atribuir a sus diferentes formas de violencia (desde un principio compañera inseparable de la acumulación capitalista: desposesión, colonización, esclavización, neocolonización, proletarización, apropiación militar de los recursos, etc.) la única legitimidad, haciendo prevalecer el estigma terrorista para todas las expresiones de resistencia social popular, e incluso poniendo bajo sospecha o estigmatización la mayoría de las formas de lucha.

económicos autóctonos por las formaciones sociales periféricas. Lo que se tradujo en un gran número de intervenciones. Entre las más destacadas³⁶:

América Latina

- Golpe de Estado en Chile para imponer la dictadura militar.
- Colaboración con los golpes de Estado y apoyo a las dictaduras de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil³⁷.
- Bloqueo y agresión permanente a la Revolución Cubana.
- Acoso al Panamá nacionalista de Omar Torrijos.
- Apoyo a la dictadura de Somoza en Nicaragua, y posterior *guerra sucia* contra la Revolución Sandinista.
- Protección y colaboración con gobiernos que practican el genocidio indígena y la *guerra sucia* en El Salvador y Guatemala.
- Invasiones de Grenada y Panamá.

África

- Ofensivas a los “países del frente”, en África del Sur, que se habían unido contra el *apartheid* y el subimperialismo de la Sudáfrica ra-

36. El relevo de Jimmy Carter por Reagan en la presidencia de EEUU supuso en tres años el aumento de más del doble del presupuesto de “Defensa” (de 108.000 millones de dólares en 1978 a 220.000 en 1981). Los Gobiernos socialdemócratas o con pretensiones de serlo, que hasta entonces habían mantenido una buena relación con la Administración Carter, fueron puestos también en la mira de la nueva estrategia estadounidense. Curiosamente, a finales de 1980 se caía el avión del presidente del Gobierno portugués, Sa Carneiro (socialdemócrata), y su sucesor dimitía al año siguiente. En mayo de 1981 sucedía lo mismo con el avión del presidente de Ecuador, Jaime Roldós (socialdemócrata); y en agosto siguiente se estrellaba el del líder militar panameño, Omar Torrijos. En Brasil dimitía el general que lideraba el paso para el fin de la dictadura, Golbery do Couto e Silva, mientras que en España, en 1981, se producía la amenaza de golpe de Estado contra la ya de por sí controlada transición postfranquista (ver para todo esto Garcés, 1996).

37. Previamente se había perpetrado el derrocamiento de los proyectos nacionalistas de Jacobo Arbenz en Guatemala, Getúlio Vargas en Brasil, Juan Bosch en República Dominicana y Velasco Alvarado en Perú. Sólo en el siglo XX Estados Unidos invadió de forma directa en decenas de ocasiones América Latina y el Caribe. Para profundizar en la estrategia intervencionista estadounidense en América Latina, ver por ejemplo, Suárez (2001).

cista: Zimbabwe, Zambia, Botswana, Namibia, Angola y Mozambique. Contra estos dos últimos países, sobre todo, se emprenden sendas “guerras sucias”, contrarrevolucionarias (de sabotaje, destroz de la producción, asesinatos de la población...), al intentar tras su independencia de Portugal emprender vías no capitalistas de desarrollo.

- Apoyo a dictadores de especial trayectoria sanguinaria, como Idi Amin (Uganda), Mobutu Sese Seko (Congo).
- Derrocamiento o eliminación física de líderes africanos independentistas, nacionalistas o socialistas: Kwame Nkrumah (Ghana), Sekou Touré (Guinea Conakry), Chivambo Mondlane y Samora Machel (Mozambique), Amílcar Cabral (Cabo Verde), Patrice Lumumba (Congo), son algunos de los más importantes. El último en esta línea ha sido hasta la fecha Tomas Sankara (Burkina Faso), como artífice de una gran transformación igualitaria en su país.

Asia

- Guerra contra Vietnam (como antes contra Corea del Norte).
- Golpe de Estado a Sukarno en Indonesia, con la imposición de la dictadura del general Suharno.
- Guerra a la sublevación iraní contra la dictadura del Sha (apoyado por los EEUU), a través de Irak.
- Apoyo a las opciones integristas en los países de religión oficial musulmana, contra las alternativas políticas de izquierda. Su máximo exponente es el sostenimiento de los talibanes en Afganistán contra el gobierno civil primero, y contra la ocupación soviética después. Igualmente el impulso para la creación del partido Hamas en Palestina.
- Apoyo incondicional a Israel como guardián de los intereses “occidentales” en el oeste de Asia.
- Golpe de Estado en Tailandia (el bastión estadounidense en el sureste asiático)

Tamaño ofensiva llevaba implícita una estrategia que pasaba por conseguir el cierre de filas de las sociedades centrales en torno a los EEUU (lo que reforzaba su dependencia estratégica y militar respecto del coloso americano)³⁸ en un esfuerzo común por contrarrestar el poder de los países periféricos y arrinconar de una vez las luchas alternativas de sus poblaciones. La “comunidad de países desarrollados” vendría a acometer lo que la “comunidad atlántica” había dejado inconcluso en su intento de establecer un gobierno mundial. En su lugar se optará por una *gobernanza global* de los asuntos del mundo³⁹ que persigue la estabilidad general del Sistema a pesar de la acusada modificación en los patrones de dominación y explotación; lo cual pasa necesariamente por la acentuación de la vigilancia y reducción de la participación popular, así como por la creciente represión de aquella que sea susceptible de alterar las nuevas relaciones de clase.

La gobernanza se complementaría con la restauración del patrón colonial de crecimiento (ahora globocolonial).

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), como estructura subalterna del Ejército de los EEUU, asumía el mando táctico del poderío militar necesario para llevar a cabo este proyecto (mientras que la Organización de las Naciones Unidas —ONU— quedaba subordinada o a remolque del mismo), dejando claro desde el principio que la *globalización* no iría desligada de una militarización complejamente entramada⁴⁰.

38. La estrategia geopolítica de este país infiere la necesidad de un *Global Political Planning*, a realizar a través de dos vertientes: a) la interna, mediante la creación de una subsecretaría de “asuntos globales”; b) la externa, a través de un esquema de cooperación internacional que rompe con la doctrina de la “comunidad atlántica”, para sustituirla por una “comunidad de países desarrollados” (y “desarrolladores”) (Mattelart, 2002). Éstos habían generado el mayor dispositivo de intervención y control de otras sociedades que podría imaginarse: el *desarrollo* y la *cooperación* aneja a él (ver Piqueras, 2008).

39. Sin que ello elimine la pugna intercapitalista basada en el Estado, o lo que es lo mismo, sin que sea óbice para que los distintos Estados centrales o agrupaciones de ellos, busquen situación de ventaja entre sí y frente a los demás.

40. En la fase de globocolonización, por una parte, el Capital precisa de nuevo, cada vez más, de la presencia militar directa, como en los más oscuros tiempos de las colonizaciones. Jarquín y Dierckxsens (2009) ofrecen una pormenorizada explicación con datos del incremento de bases militares de los EEUU en el planeta y del aumento del

Para encastar todo ello de forma más o menos coherente, había que afianzar un nuevo modelo de crecimiento que significara una ruptura de los pactos de clase en las sociedades centrales y se resguardara intentando cobrar carta de legitimidad bajo una nueva doctrina político-económica con decisivas repercusiones sociales. Esa doctrina, más que teoría, sería el *neoliberalismo*. Vendría a suponer, como ha dicho más de un autor, el discurso triunfalista de la degeneración financiera, parasitaria, del capitalismo keynesiano. Promotor y justificador de las medidas antes mencionadas⁴¹.

Como epítome y personificación de la versión económica del neoliberalismo no se puede dejar de señalar a los teóricos de la escuela monetarista de Chicago, quienes acudirían pronto a asesorar a los nuevos dictadores, como Suharto y Augusto Pinochet (este último merecedor de la intervención personal del Premio Nobel de Economía, Milton Friedman, uno de los más importantes cerebros de la ofensiva neoliberal —de ahí los premios—), y más tarde se convertirían en los principales ideólogos de las políticas de Thatcher y Reagan. Parece que con su apoyo explícito a diversas dictaduras, aquellos economistas eran conscientes desde un principio de que sus tan propagadas y desde entonces ensalzadas premisas político-económicas difícilmente podrían aplicarse sin recurrir al masivo uso de la fuerza y represión por parte del poder estatal (para el que sí requerían su intervención en este plano), e incluso sin la imposición generalizada del terror allá donde hiciera falta, dada la resistencia popular a adecuarse a tales “teorías”.

El conjunto de medidas aplicadas por doquier a partir de la penúltima década del siglo XX, también como afianzamiento del nuevo do-

gasto militar estadounidense (de algo más de 300.000 millones de dólares en 1998 a 650.000 millones diez años después, en precios de 2007), así como de su comparación con el del resto del mundo. Ver también aquí capítulo IV.

41. Una vez mostrado su fracaso histórico, sin embargo, esta nueva irrupción del liberalismo no podía calcar las bases, políticas y estrategias del Capital anteriores a la constitución del Trabajo como sujeto histórico y a la regulación económica por parte del Estado. Aprovecharía más bien el remanente del Estado keynesiano degenerado, junto a la mundialización de la ley del valor del capital, para favorecer ante todo el lado de la oferta, despreocupándose de las hipotéticas condiciones sociales de libertad en que se sostuvo el liberalismo clásico.

minio de las formaciones sociales centrales sobre las periféricas, se ampararon en lo que fue conocido como *Consenso de Washington* (Cuadro 2).

Cuadro 2

Elementos principales del *Consenso de Washington*

- Dado que se parte de que el sector privado gestiona mejor los recursos que el público, los gobiernos deben reducir el peso del Estado y dejar buena parte de los servicios (aunque sean “universales”) en manos del sector privado. El Estado debe ser un mero facilitador de este sector (función de estabilidad), a un tiempo que un regulador ocasional de sus excesos (con programas de alivio de la pobreza, por ejemplo), así como garante de la paz social (gobernanza).
- Como quiera que se propugna que la globalización es beneficiosa para todos los países, la extraversion (y extranjerización) de las economías periféricas, lejos de ser un problema, garantizará su capitalización y la incorporación de tecnología.
- La existencia de “polos de desarrollo” mundiales desencadenará un proceso de “cascada de riqueza”, que derramará al conjunto de la población y las sociedades (antiguo apotegma de la “Escuela de Chicago”).

Fuente: Ramos (2003)

Por eso, sea en su vertiente económica, política, policíaco-militar o ideológico-cultural, el neoliberalismo como doctrina intrínseca al capital monopolista transnacional ha venido actuando a través de los Estados y las instituciones de regulación interestatal para modificar de modo duradero las relaciones de fuerza entre las clases, y de institucionalizar esa modificación a favor del Capital. La acción estratégica contra las conquistas del Trabajo en todos los frentes evidencia un claro com-

ponente de *venganza de clase* (más allá de la mera rentabilidad económica) respecto de las conquistas que el Trabajo fue arrancando históricamente al Capital: para prevenir que éste nunca más pueda advenir sujeto con capacidad de poner trabas estratégicas a la acumulación capitalista.

2.2.2. La vertiente ideológico-cultural

La consecución de la expansión ideológica del credo neoliberal fue posibilitada por el monopolio de los dispositivos de socialización formal y un control mediático sin precedentes reforzado por los procesos de oligopolización de los media⁴².

Tal dominio de los medios de socialización y de difusión masivos se unió a la pérdida de referente alternativo (fin de la URSS y su equiparación al “fin del comunismo”) y a la cooptación y represión de buena parte de las estructuras sindicales y políticas del Trabajo para posibilitar la también derrota ideológica de éste. Lo que quiere decir que la desarticulación de las expresiones más conscientes y organizadas del Trabajo características de la etapa “fordista-keynesiana” de acumulación capitalista, se dio en los órdenes social, militar y político, pero igualmente en el cultural e ideológico.

El resultado más decisivo fue la profunda crisis de credibilidad en la posibilidad de transformar la sociedad capitalista, a la cual se sumaba la aceptada integración o colaboración subordinada en la acumulación de capital ya prevaleciente en las sociedades centrales durante el esplendor keynesiano.

42. Se trata de la fusión entre macroempresas de la producción y de la información, generalmente por absorción de las últimas por las primeras. Lo que significa la fusión por primera vez del ‘software’ y el ‘hardware’, y la consiguiente hiperconcentración de los medios de difusión masiva y, en general (dada la generación y creciente absorción de industrias culturales y grupos multimedia) de socialización no reglada. La anexión de las industrias informativas por las empresas industriales reduce tanto la pluralidad informativa, como el poder independiente de los media, muy distante de ese proclamado “cuarto poder”.

Dado que la credibilidad se había centrado en los “sistemas estructurales” (ideología, partido político, liderazgo, bloque soviético, etc.) más bien que en los sujetos sociales de carne y hueso, la desarticulación de aquéllos provocó en éstos una virtual crisis de fe, e incluso de identidad, que terminó por desembocar en un segundo gran desbande (Salazar, 2003:81-82).

La derrota ideológica llevaba implícito el debilitamiento de las formas orgánicas de circulación de la “cultura política” del Trabajo, lo que ha contribuido palmariamente a acrecentar su subordinación, o lo que es lo mismo, la autonegación de las potencialidades de la praxis política y de la misma identidad social como sujetos constituidos y constituyentes (Massardo, 2003:123).

La mortífera combinación de represión física y derrota ideológica traería sus correspondientes escuelas en forma de:

- Extensión del miedo social a significarse como sujetos, a hacer patente la lucha e incluso a plantear la inconformidad con el marco dado de las cosas.
- Eliminación o negación de la memoria de las propias luchas y conquistas.
- Dilución de la conciencia e identidad de clase.
- Consecuente des-socialización de la política y su continua reducción hacia el ámbito de la administración o gestión de lo dado.
- Pérdida de riqueza de *lo social*⁴³.

Por añadidura, la recuperación, si bien modesta, de las tasas de ganancia durante parte de la década de los ochenta y a partir de la segunda mitad de los años noventa, así como del crecimiento del PIB, ligó de nuevo la acumulación capitalista a la capacidad de compra —aunque fuera por medio del crédito— y a cierta elevación de los niveles de vida de amplios sectores de las poblaciones centrales, extendiendo el con-

43. Para profundizar en todos estos puntos, lo mismo que en el conjunto de consecuencias sociales y políticas que propicia el capitalismo monopolista transnacional, ver Piqueras (2002).

sumo también a otras capas de las periféricas, lo que ejerció de fuente o modelo de atracción para todo el mundo, consiguiéndose un generalizado compromiso con el Sistema. Compromiso que se reforzaría, especialmente en las formaciones centrales, al quedar ligada la suerte de un creciente porcentaje de la población a la de la buena marcha de la acumulación capitalista, a través de endeudamientos y participaciones en activos, bolsa, etc.

Estas últimas circunstancias son más fáciles de entender si se tiene en cuenta que con la ley del valor se expandió asimismo la *cultura capitalista* como cultura transversal mundial que penetra el conjunto de dotaciones culturales heredadas en las distintas formaciones sociales. Esto hizo que las diferentes culturas dejaran de ser *totalidades* auto-referentes y autocentradas.

Digámoslo de otra manera, el entramado de procesos anejos a esta fase tardía del capitalismo afecta de modo decisivo a las relaciones sociales de producción de todas las formaciones sociales, y con ellas al conjunto de relaciones humanas, a las múltiples formas de interpretar el mundo y, en consecuencia, a los procesos de formación de subjetividades que nutren a unas y otras. Es decir, se trastoca radical y globalmente el ámbito de las *culturas*.

Los muy variados procesos de subsunción *formal* o *real* de las diversas sociedades a la dinámica capitalista, implican una gran diversidad de formas de extracción de plusvalía, al igual que de subordinación o dominio social. Y lo que es más importante para nuestro caso, *también la subsunción a las relaciones capitalistas ha hecho que cada vez más formaciones sociales hayan perdido el control sobre sus condiciones de reproducción social y cultural y se hayan visto sobrepasadas como totalidades socioeconómicas y políticas* (ver Žižek, 1998), incluyéndose de forma subordinada en un nuevo y más amplio sistema totalizador: el capitalismo⁴⁴.

44. Parece que es aquí donde cobra sentido la referencia de Wallerstein (1996) a la cultura como *caballo de batalla* del Sistema: en realidad *la cultura es, cada vez más, el Sistema*, aun cuando éste produzca su propia dinámica de diversidad, e incluso la ensalce en el ámbito supraestructural. Esto último precisamente para garantizar el irreconocimiento mutuo de sus partes y dificultar la conciencia conjunta del *Todo*.

Es precisamente en este interfaz entre la universalidad de las relaciones sociales de producción capitalistas y la particularidad de sus manifestaciones en diferentes formaciones sociales y contextos socio-históricos (lo que entraña una particular interpenetración de las relaciones capitalistas con aquellas provenientes de anteriores modos de producción y dotaciones culturales en cada caso), donde se define el proceso de formación y reproducción de clase (y de las clases) a escala global. En las diferentes formas de extracción de plusvalía y de subordinación residen además las principales claves de conformación de las (nuevas) identidades y actores sociales en las distintas formaciones sociales del mundo actual. Unas y otros se han visto, hasta ahora, profundamente afectados por su subordinación creciente al Capital.

Para resumir este apartado podríamos decir, entonces, que la debilidad del Trabajo se expresa al menos en una quintuple vertiente:

- Expansión universal de la ley del valor del capital, con la consiguiente posibilidad de dispersión del proceso de producción a escala mundial.
- La clase capitalista se hace global, con capacidad de agencia y coordinación universal contra el Trabajo.
- Constitución de una sola fuerza de trabajo mundial que es puesta en competencia entre sí a través de la *hipermovilidad* del capital y de la propia *competitividad* intra-Trabajo.
- Creación de cada vez más poderosas instituciones de regulación global, que si no disminuyen la competencia intercapitalista, sí son siempre más capaces de coordinar decisiones e intervenciones de clase a escala global.
- Subordinación ideológica (y cultural-identitaria) del conjunto de poblaciones que se manifiesta en una marcada pérdida de conciencia de clase y trayectoria de lucha.

En este sentido, y para ser más exactos, habría que decir que el Sistema además de crear sus propias desigualdades, potencia y se sustenta en muchas de las tradicionales (de orden "racial", generacional, étnico, religioso, etc.), que son justamente las que "experimentan" de manera más directa los seres humanos, y, por ende, las que les motivan a intervenir de una u otra forma o a enfrentarse-coaligarse entre sí, formando sus identidades y conciencia primarias. Ver Piqueras (2007, cap. 6) para mayor extensión de estos puntos.

La acentuación de la supeditación estratégica del conjunto del Trabajo (único factor agencial capaz de introducir razonabilidad en la dinámica autodestructiva del Capital), se correlaciona con la penetración del capital en todos los aspectos de la Vida social y privada, con lo que el conjunto de los seres humanos se convierte en fuente de valor productivo y reproductivo. Lo que es igual que decir que, aun cuando no sea directamente explotada, el conjunto de la humanidad es transformada en Trabajo (y la totalidad de la Vida en valor). Esto significa también que se difumina la distinción entre las esferas Productiva y Reproductiva, obteniendo el Capital valor de todo el ciclo de la vida de los individuos (aprovechando todas sus capacidades, además de todas sus potencialidades, todas sus posibilidades de ser).

Todo parecía indicar, por consiguiente, que esa (primera) fase de la globalización, como globalización ascendente o "feliz" para el Capital (ver Fernández Durán, 2003), se podría prolongar indefinidamente.

No obstante, desde que se produce la ofensiva "neoliberal" del Capital contra el Trabajo, cuanto más grande ha sido la victoria de aquél en orden a acrecentar la explotación y el disciplinamiento de éste, más objetivamente constatable resulta el deterioro progresivo del rendimiento del capital en las economías centrales, la pérdida de impulso de su tasa de ganancia, ciclo tras ciclo, desde la finalización de los años sesenta del siglo XX. El largo declive ha permanecido inalterado, salvo muy breves repuntes, a pesar de los grandes remedios ensayados por el Capital a lo largo de todo este tiempo (remitimos aquí al Apéndice, Anexo II, para una breve lectura de cómo se ha debatido esa decadencia con las medidas anticíclicas puestas en marcha por el Capital. Es conveniente consultar ese Anexo también para seguir mejor el apartado 4 a continuación).

4. Dificultades y posibilidades en que se mueve la reconstitución del Trabajo como sujeto histórico en el tardocapitalismo

Si atendemos a los factores dados en la introducción resumidos en el Gráfico 1 (p. 222), vemos que estamos enfrentados a uno de los peores

escenarios posibles para el Trabajo en su perpetuo antagonismo con el Capital. La recuperación del espacio económico capitalista que se había perdido tras la constitución del Segundo Mundo, junto al aumento de la proletarización (desposesión) sin vínculo de asalarización de más partes de la humanidad, ha generado una sustituibilidad global gigantesca de la fuerza de trabajo incluida dentro de la relación salarial, con el consiguiente dramático descenso del poder social de negociación de la misma.

A ello se añade el entramado de medidas político-económicas anejas a las diferentes modalidades de desplazamiento del capital, que han redundado en el mismo fin.

Por su parte, las medidas transmediatas de reproducción del capital (estatales, policíaco-militares y cultural-ideológicas), han disminuido a niveles sin precedentes desde su constitución como sujeto, la fortaleza organizativa e ideológica del Trabajo a escala global (algo que también debe mucho a la propia desaparición del Segundo Mundo).

Todo lo cual se ha aunado para provocar una decadencia del ciclo de luchas del Trabajo (que en gran parte del sistema mundial, y en este momento histórico, pasa cuanto mucho a la defensa de algunas de sus conquistas).

En las formaciones sociales centrales la combatividad del Trabajo como clase obrera desciende significativamente desde el fin de la primera mitad de los años ochenta del siglo XX. En las periferias y semi-periferias esa combatividad, expresada en conflictos laborales, aún se mantendría hasta el fin de ese decenio. Después, paradójicamente, el *capitalismo tardío declinante* parece haber logrado por doquier un feroz disciplinamiento del Trabajo⁴⁵.

45. Si bien el lado de la oferta está sujeto a la racionalidad "anárquica" de las decisiones individuales y la competencia e menudo suicida capitalista, el lado de la demanda depende de la distribución del excedente, que a su vez está sujeto a las luchas y decisiones sociopolíticas (cayendo más del terreno de la *regulación*). Estas luchas siempre fueron discontinuas, con picos altos y caídas de combatividad, propias de una permanente batalla desigual entre los pocos (*upstairs*) más homogéneos, con poder político-económico y recursos, así como mayor autoconciencia de sus intereses (conciencia de clase), y los muchos (*downstairs*), mucho más heterogéneos, con muy pocos recursos y sin apenas conciencia unitaria (Hurtado, 2010).

Disminuye con ello la influencia del antagonismo vertical Trabajo/Capital en el decurso de la economía capitalista globalizada, o lo que es lo mismo, la capacidad de incidencia del Trabajo en la dirección que toma ella. Uno de los elementos que más directamente refleja esa debilidad es la permanente pérdida del salario real y del salario-producto en las formaciones sociales centrales.

Así por ejemplo, si nos atenemos al aumento porcentual anual de la retribución real por empleado en el sector privado, ésta no hizo sino descender de 5,8 entre 1960-69 a 0,4 en 2001-05 para los Euro-12; bajó para esas mismas fechas en Japón de 7,5 a 0; y en los EEUU de 2,7 (1961-69) a 1,7 (2001-05)⁴⁶.

En los centros del sistema capitalista, durante el capitalismo monopolista de Estado, el "pacto keynesiano", la integración institucional del conflicto, el incremento del componente social del Estado y la extensión de la contratación indefinida, consiguieron una retención y una fidelización de la fuerza de trabajo, tanto a la empresa como al orden capitalista en su conjunto, que pudo hacer gala de disponer de una mano de obra adecuada, cualificada y disciplinada en alza. Esto creó asimismo, por el lado del Trabajo, una vivencia o experimentación de *trayectorias de clase* como prácticas acumulativas que culminan un ciclo de vida laboral asentado en la jubilación y basado en el legado intergeneracional de conquistas, así como en el sostén que las viejas generaciones encuentran en las nuevas. Conjunto de circunstancias que permiten prevenir el porvenir individual en el colectivo, y por lo mismo, empujan al individuo a comprometerse con el común. Se tra-

En Silver (2005) se pueden seguir diagramas de esa conflictividad medida por conflictos laborales. Para una explicación de la misma, ver también Brenner (2009) y Fernández Durán (2010). Si tomamos como indicador de tal conflictividad el número de huelgas, este medio de reivindicación ha disminuido en todas las economías centrales desde los años setenta del siglo XX, cuando adquirió su auge. Por ejemplo, en Italia entre 1970 y 1979 se perdieron 1.041 días laborales por cada mil empleados a causa de las huelgas; entre 2000 y 2008 únicamente fueron 62,9 días. Para esos mismos períodos la cantidad de huelgas disminuyó de 192 paros por cada millón de trabajadores, a 31,5 (*Diagonal*, N° 133, pág. 5 del suplemento especial).

46. En todos esos países, excepto Japón, había experimentado un único repunte entre 1991-2000 (Brenner, 2009: 469).

taba de un *tiempo de clase* caracterizado por la previsibilidad, posibilitador de compromisos de largo plazo, en un futuro por el cual es factible luchar y que concede palpables frutos de esa lucha (es decir, existe certeza de que las luchas presentes tendrán sus resultados en el tiempo).

El *Trabajo integrado* del capitalismo maduro keynesiano en las formaciones sociales centrales y propio también de ciertos ámbitos laborales de muchas de las periféricas, se presenta como

“...un sujeto condensado, portador de una temporalidad social específica y de una potencia *narrativa* de clase de largo aliento sobre las cuales, precisamente, se levantarán las acciones autoafirmativas de clase más importantes” (García Linera, 2008:278).

La sindicación y la asociación por centros de trabajo forman parte del entramado de fidelidades presente frecuentemente en la trayectoria de clase de los individuos⁴⁷.

La sedentarización obrera fue una condición objetiva más de la producción capitalista. Permitió también la fusión de los derechos ciudadanos con los derechos laborales a través de esa “forma singular de presencia histórica llamada ‘movimiento obrero’” y sus organizaciones sindicales (cada vez menos las políticas), lo mismo que su estructura cultural de filiación compartida (sentido de una historia imaginada como compartida).

Todo ese entramado fue desmontado sistemáticamente en el tardocapitalismo por sus modificaciones técnico-organizativas, político-económicas y estratégico-institucionales.

Si bien el salariado ha aumentado en todo el planeta, se encuentra en general estructuralmente fragmentado, con formas de contrato eventualizadas, temporales, sujeto a la movilidad absoluta y relativa (ver capítulo siguiente), laboral y espacial que le traza el Capital en busca de

47. Con una narrativa de continuidad de clase, en la que el aprendiz reconoce su devenir en el maestro de oficio, y en que los derechos conseguidos serán también los suyos, como “acumulación en el seno de la clase”. Estas reflexiones son deudoras del análisis que García Linera (2008) desarrolla para Bolivia, porque estimamos que pueden ser extrapolables a buena parte del Trabajo sujeto a relación salarial para el tiempo indicado.

su sustituibilidad, así como constreñido por mecanismos de estabilización o ascenso cimentados en la estricta competencia entre sí; cada vez más inerte ante la desinstitucionalización de los contratos y la gran flexibilización de los mercados laborales; con organizaciones sindicales a menudo imbricadas en las propias instituciones de “gobernanza”, cuando no directamente verticalizadas por el Capital.

Todo ello ha erosionado seriamente la identidad colectiva. El nuevo nomadismo laboral no es precisamente propicio para forjar fidelidades a largo plazo. Se producen, en cambio, ciertos “híbridos” entre la identidad de clase y las “identidades contingentes” del mundo del trabajo, según actividad, oficios o estatus laborales. Híbridos más y más penetrados también por ámbitos de adscripción propios del no-trabajo, de la ciudadanía individualizada. La seguridad de una trayectoria de clase compartida, con el conocimiento de las etapas de paso o estratificación interna, es sustituida por la polivalencia, la rotación del personal y el ascenso por “mérito” y competencia, con sus secuelas de imprevisibilidad del medio plazo, ausencia de narrativa colectiva, fatalismo ante el destino (García Lineras, 2008), entre otras. Ante estas circunstancias, las modalidades anteriores de organización y lucha pierden eficacia, tanto como capacidad de convocatoria y adscripción.

A veces en las formaciones periféricas esta falencia ha propiciado la vuelta a formas de organización social, de lucha e identidad tradicionales, como la *comunidad* y lo étnico u otras formas de estructurar la vida en las formaciones sociales precapitalistas⁴⁸.

Pero en general, mientras no se perfilan otras expresiones capaces de estructurar fidelidades, adscripciones y compromisos a largo plazo, o de propiciar sujetos cohesionados, las formas de irrupción del Trabajo

48. La otra cara de esa recuperación ha pasado por la encumbración de lo cultural (entendido como algo *esencial*, inmune a las cambiantes condiciones de vida de las gentes) y la elevación de la “identidad” a desideratum. De hecho, pasan a ser los factores movilizados aparentes más eficaces (tras los que subyacen, no obstante, muchos otros procesos).

Astillamientos étnicos e integristas religiosos como forma de agarrarse a un pasado en el que se vuelven a buscar las respuestas, o la protección y oportunidades de vida que la Modernidad occidental-capitalista les niega (para profundizar sobre ello, Piqueras, 2007, capítulo 6).

en el tardocapitalismo declinante adolecen crecientemente de consistencia organizativa y perdurabilidad. En ello tiene su parte de responsabilidad la desorientación intergeneracional en cuanto a identificación y trayectoria de clase, la cual se percibe cada vez menos como compartida, y más como exclusiva de cada individuo, que desconoce en proporción inversa su compromiso con lo colectivo.

En todo el planeta, el debilitamiento cuando no desaparición de las organizaciones políticas y sociales del Trabajo, conlleva la pérdida de las redes de protección *secundaria* que la población había ido construyendo tras la destrucción de las redes primarias causada por la penetración de las relaciones sociales de producción capitalistas⁴⁹. Tiene lugar un reflujo de los referentes políticos contruidos a lo largo de los dos últimos siglos (como el de clase o género), nuevamente a los de *sociedad civil*. Se ha agrandado, en consecuencia, la amorfización y a un tiempo atomización de los agentes sociales, cada vez más (auto)confinados en formas asociativas u organizativas más pequeñas. Se reclama otra vez la prioridad del individuo-ciudadano, desasociado (justo

49. Para Robert Castel (1997) éste es un proceso que se produce de forma paralela al desarrollo del capitalismo, el cual fue destruyendo o suplantando la protección de las redes de sociabilidad primaria (familia extensa, comunidad, vecinazgo, gremio...), para ir siendo incorporadas a un Estado cada vez más "social" (sobre todo en las sociedades centrales, como es obvio). Posteriormente, sin embargo, éste de igual modo debilitó o adelgazó en extremo las redes de protección secundaria (política) con las que los sujetos se habían dotado para defenderse del Nuevo Orden (sindicatos, organizaciones obreras, vecinales, partidos de clase...). Castel traza así la secuencia de individuación: los ciudadanos de la Modernidad pasaron de la agregación de la *communitas* al individualismo negativo de los albores de la Primera Revolución Industrial. Su reacción contra esas circunstancias generó una suerte de *individualismo positivo* de masas con vinculación a identidades abstractas (políticas) y logro de universalización de los derechos (individualismo independiente y a la vez autónomo): es la fase de formación y organización de la clase obrera y el posterior keynesianismo. Hoy, con la destrucción de organizaciones, se produce un nuevo salto al individualismo negativo, sin apoyos, y por tanto consecuencia y causa de privaciones: los agentes sociales se reencuentran convertidos en individuos por defecto, porque se ven excluidos de los colectivos protectores, o porque simplemente éstos desaparecieron.

Consecuentemente con todo ello, se produce también en todo el planeta la recuperación del protagonismo social de las diferentes Iglesias y sus organizaciones, amén de otras formas asociativas de carácter asistencial, paliativo o caritativo.

cuando "la ciudadanía" queda fuera del alcance de más sectores del Trabajo).

En conjunto, las expresiones organizativas y asociativas de la "nueva sociedad civil" son fruto de la fragmentación o dilución de los anteriores grandes sujetos sociales, por lo que presentan mucha menor dimensión y escasa amplitud de sus propuestas e intervenciones. Se han transformado en *microsujetos*, de un radio de acción mucho más limitado y reducido en general a la esfera privada colectiva, o sea, a las reivindicaciones de asuntos cercanos e inmediatos de ciertos sectores de población (testimonio de una generalizada pérdida de universalidad de las luchas).

Suelen ser intervenciones hechas menos como "Trabajo" que bajo la etiqueta de ciudadanos. Realizadas más como *consumidores* que como productores; llevadas a cabo a menudo por aquellos segmentos de población apartados de la relación salarial (por tanto, más como *proletarios* que como *clase obrera*), o bien protagonizadas por los sectores medios o cualificados del Trabajo, pero en unos u otros casos con muy escasa capacidad de incidencia en la economía productiva.

También en su aspecto organizacional las formas de lucha adquieren expresiones congruentes con el capitalismo tardío ("informacional") en el que nacen, cobrando vida a través de formas organizativas virtuales, reticulares (tras la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales). De ahí la prevalencia actual de los "arcoiris", "rizomas", "redes", "webs"... formas de organización muy blanda, muy flexible, con relativamente escasa operatividad y constancia, por el momento⁵⁰.

En general, la hasta ahora menguante capacidad del Trabajo para afectar la producción capitalista hace que a menudo los esfuerzos de resistencia hayan venido realizándose en la esfera de la Vida desgajada de la producción, en pos de valores de uso (tierra, vivienda, agua, infraestructuras, hábitat saludable, etc.); o más específicamente, en la esfera circulatoria, contra la realización de la plusvalía (cortes de rutas, 'puebladas', plantones en las ciudades, etc.), ya que no contra la gene-

50. Para una explicación de estos puntos y su vinculación a los nuevos-nuevos movimientos sociales, ver Piqueras (2002).

ración de la misma. Estas intervenciones están orientadas también a trabar *el orden dado de las cosas* (bloqueo de cumbres o reuniones del Capital, actos de disidencia, desobediencia, protesta, de visibilización de injusticias, de puesta de relieve de las consecuencias depredadoras del capital...), donde los agentes sociales tienden a expresarse como *multitud*.

Con todo, a diferencia de lo que plantean los autores que hacen referencia a ella⁵¹, ni su irrupción en escena está garantizada, ni es necesariamente provisoria para la emancipación del Trabajo. Antes bien, muy a menudo puede ser reflejo de su propia implosión como sujeto.

Quedan, en cualquier caso, por responder algunas preguntas clave. ¿Qué ha sido de las luchas en la esfera de la producción, las protagonizadas por el salariado que afectan a la generación de la plusvalía, a la relación de clase por excelencia del sistema capitalista? ¿Puede darse hoy una articulación de los diferentes sujetos que intervienen en unas y otras esferas del mundo social?

51. Paradójicamente, cuanto más se hacen añicos los grandes sujetos colectivos del Trabajo, más insisten algunos autores en ver su “fuerza” a través de una pretendida unidad de acción y conciencia (que parece querer conducir a la versión del “proletariado” como sujeto unificado y dado per se, propia del marxismo más rigidificado). La línea interpretativa que se ha dado en llamar “marxismo abierto”, deudora en este sentido de Negri, ha querido ver en la *forma multitud*, arquetípica de gran parte de las movilizaciones presentes, la promesa de un nuevo sujeto, la urdimbre organizativa propia de la sociedad subalterna del capitalismo declinante, como ese “conjunto de todos los explotados y subyugados”, sin mediaciones entre ellos y el Poder (léase Imperio en la terminología de Hardt y Negri, 2001). Su propia fortaleza radicaría para estos autores en su unión, ya que se supone como hecho dado el que compartan mismos objetivos e intereses. Además, esa unión se realiza apropiándose de los procesos de trabajo mediante la cooperación intrínseca entre sí, igual que se apropian del espacio por medio de su propio circular como multitud (veremos en el siguiente capítulo a qué conduce la segunda parte de esta infundada visión).

Hay autores de esta línea que, como García Linera (2008), han querido definir un poco más seriamente la *multitud*, a diferencia de la *muchedumbre*, como agregación de sujetos colectivos, asociación de asociaciones, albergadora de un “capital militante” basado en el propio compromiso y en la posibilidad de integrar, más allá de la pertenencia formal a determinados tipos de organizaciones con sus reglas filiativas, a una polimórfica variedad de individuos. Con todo, no parece que el paso de *muchedumbre* a *multitud*, que no se antoja fácil y mucho menos indefectible a priori, esté precisamente muy estudiado, como tampoco están descritas sus posibilidades y vías.

4.1. Algunas tendencias y contratendencias

Resultaría previsible que merced a los sucesivos desplazamientos espaciales o espaciotemporales de capital, los conflictos laborales de igual modo se desplacen a los nuevos centros de industrialización, como ocurrió en el pasado (Silver, 2005)⁵², acuñando nuevas formas de enfrentamiento y probablemente también, de organización. Hasta ahora, además, la irrupción de nuevos sectores estratégicos en la producción otorgó renovada importancia también estratégica a nacientes sectores del Trabajo o a otros ya consolidados. ¿Ocurrirá lo mismo con las nuevas expresiones industriales o “postindustriales” de la economía en las sociedades centrales?, ¿se inaugurará una nueva ola de conflictos en la transición de hegemonías que depara el Sistema Mundial capitalista?⁵³

52. Las estrategias de debilitamiento del poder social de negociación del Trabajo en la esfera de la producción, hace que ni siquiera los desplazamientos espaciales hacia las periferias de las más importantes industrias, como la automotriz, emblema de la producción capitalista en el siglo XX, hayan conseguido hasta la fecha igualar en esas formaciones periféricas los niveles de conflictividad habidos en las economías centrales, donde después entraron en franca decadencia.

53. Arrighi y Silver (1999) señalan que el incremento de la proletarización mundial, de la feminización, la cambiante configuración espacial y étnica de las fuerzas de trabajo y la imposibilidad de combinar la satisfacción de sus demandas en los centros y en las periferias del Sistema, el abandono de los intentos por ampliar las bases sociales de la hegemonía en todo el mundo, el crecimiento grotesco de la polarización en la concentración de las oportunidades de vida y el descarte de los pactos desarrollistas Capital/Trabajo a escala planetaria, son proclives a provocar una irrupción del Trabajo más virulenta que en los anteriores cambios de hegemonía.

Silver (2005) ha apuntado igualmente, en su secuenciación del desplazamiento organizativo del núcleo duro de las luchas del Trabajo, que en un principio fueron los artesanos y obreros especializados los que resultaron desplazados por trabajadores descualificados industriales que protagonizaron reivindicaciones de clase (“combatividad marxista”) frente a las aspiraciones corporativistas de los primeros (“combatividad polanyana”) (ver introducción). Más tarde fue el “obrero-masa” de la cadena de montaje fordista-keynesiana quien dio paso por arriba a profesionales con una amplia banda de cualificaciones (ciertos sectores de los cuales reaccionaron contra las consecuencias más negativas del productivismo-consumismo capitalista en la esfera de la circulación, dando vida a los “nuevos movimientos sociales”), mientras por abajo aquel prototipo del Tra-

Sirva de consideración en la reflexión sobre estas preguntas el ciclo de decadencia en el cual se mueve el capital (ver Anexo II del Apéndice), cada vez más impedido de desarrollar las fuerzas productivas debido a sus propias relaciones sociales de producción. Como apuntamos en el Anexo II, la apropiación privada de los medios de producción del conjunto de la sociedad y la tiranía de la tasa de ganancia obligan a frenar el libre desarrollo de las fuerzas productivas y a depender crecientemente de *fuerzas destructivas*, en forma de caducidad programada de las mercancías así como de los propios medios de producción; en forma de destrucción permanente de activos económicos y de recursos energéticos, también de biomasa en general; y en forma de destrucción física y humana, a menudo mediante armas de destrucción masiva. Esto último se co-implica con una creciente militarización en ascenso de la economía, que conlleva a su vez el incremento exponencial del componente improductivo de ésta (ver capítulos II y III).

Todo ello es lógicamente susceptible de multiplicar y agudizar los antagonismos en la totalidad del Sistema. Mientras el deterioro social de la mayor parte de sus formaciones periféricas se hace cada vez más patente, en las formaciones centrales la integración o “paz social” por medio del consumo a crédito del tardocapitalismo evidencia claros límites.

Por otro lado, la contradicción clásica se acentúa. Vale decir, la tendencia creciente a la socialización de la producción (más y más fuerza de trabajo implicada de forma organizada en la producción capitalista),

bajo se vio desbordado por una nueva ola de proletarización sin regulación keynesiana en las sociedades centrales y por una *fuerza de trabajo migrante global* en permanente disponibilidad, proveniente de la extensión de los procesos de proletarización de las periferias (en ambos casos, afectando en mayor medida a las mujeres). Estas nuevas modalidades de proletarización provocaron de nuevo reacciones “defensivas” de tipo corporativo-identitario en el salariado con regulación laboral, en tanto no han provocado todavía en el seno de ellas (debido justo a su *sustituibilidad* y debilidad estructurales) reacciones reivindicativas de clase similares a las de fases anteriores del capitalismo. Su creciente importancia para la acumulación capitalista, sin embargo, junto a la asimismo creciente proletarización de los profesionales cualificados, abre claves para empezar a desentrañar las posibilidades de nuevas irrupciones del Trabajo en la esfera productiva del tardocapitalismo. Claves que difícilmente podremos entender sin conocer las nuevas composiciones tecnológico-organizativas de las relaciones de dominación de clase.

junto al desarrollo de las fuerzas productivas (incluido el de la propia fuerza de trabajo como *general intellect* u “obrero social”), provoca mayor contradicción con la apropiación privada de los medios de producción.

Tal contradicción y antagonismos, con tendencia a agudizarse, sientan las bases objetivas de una posible transformación social, pero a diferencia de la interpretación ortodoxa del materialismo histórico, de ahí no se deriva *necesariamente* tal transformación. Para eso hace falta una acción intencional y coordinada *de clase* que, como hemos visto, se encuentra hoy profundamente obstaculizada.

En términos amplios podríamos decir, como sostiene Wright (1992), que se requiere una teoría general de la agencia revolucionaria, que no puede ser derivada mecánicamente del nivel de contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su obstrucción por las relaciones sociales de producción (RSP) vigentes (ni aun contando con la agudización del deterioro social)⁵⁴. Tampoco deviene automáticamente de la posible contradicción entre el grado de sustituibilidad de la fuerza de trabajo y el mayor o menor avance del reformismo.

Esto es, para que la obstaculización del reformismo, su estancamiento o su involución (capítulo V), para que el entorpecimiento de las fuerzas productivas o la reproducción ampliada de la crisis conduzcan a situaciones de transformación social, es necesario que concurren otros factores, como el de la maduración del Trabajo en cuanto que sujeto histórico (ver Gráfico 1 en la introducción [p. 222], y también Anexo III del Apéndice [p. 393]).

Necesitamos urgentemente, por eso mismo, enriquecer la teoría sobre la motivación revolucionaria y sus posibilidades, sobre la capacidad de una clase subordinada para hacer prevalecer sus intereses.

54. Una simple consideración nos puede servir de ejemplo. La mayor parte de la fuerza de trabajo podría calibrar que en un modo de producción socialista sus oportunidades de vida mejorarían de manera sustancial, no obstante eso no implicaría necesariamente que estuviese interesada en sufrir los costos inmediatos de *luchar* contra el capitalismo, o que la balanza entre las (más o menos escasas) posibilidades de éxito que percibe y el esfuerzo a hacer la movieran a la acción, o que ésta se impusiera sobre la satisfacción del estatus logrado, entre otros muchos considerandos (ver Therborn, 1987, para este tipo de planteamientos; y nuestra explicación en Piqueras, 1997).

Un punto de arranque bien podría ser la reflexión que dejara Cohen (1978) pendiente de resolución. Proponía este autor que cuando hay un interés objetivo como clase en trascender las estructuras económicas que entorpecen un mejor desarrollo de las fuerzas productivas, el requisito de la capacidad de la clase para transformar las RSP es más fácil de obtenerse. En ese mismo sentido, las clases dominantes van dejando de ser dirigentes (es decir, van perdiendo legitimación y por tanto hegemonía) en su empeño por bloquear el desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, las clases ascendentes, capaces de liberar esas fuerzas productivas de las relaciones sociales de producción que las entorpecen, son proclives a ir sumando sinergias y alianzas. Cuanto más aguda es la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, entre socialización de la producción y apropiación privada de ésta, más potencialmente aumenta la capacidad agencial de clase.

La pregunta es saber si es la ultraheterogénea clase que vive del trabajo (aquella que no detenta medios de producción ni de organización-supervisión) la que se perfila como nueva *clase emergente*. O dicho de otro modo, si podrá llegar a estar suficientemente organizada y a adquirir un grado suficiente de conciencia e identidad de clase como para actuar, aunque sea de forma parcial, como un cuerpo colectivo, como *clase para sí*, aprovechando la acentuación de aquellas contradicciones. Actuando, precisamente, contra la relación de clase.

Es cierto que conforme penetra la dominación del capital en todos los órdenes de la Vida, más se amplían las posibilidades de socialización del antagonismo de clase. La realización del trabajo, o sea, la conversión del trabajo abstracto (la capacidad de tener seres humanos a disposición para el beneficio propio) en trabajo concreto (el hecho de que esos seres humanos trabajen o se supediten efectivamente y de la manera más eficaz posible para quien dispone de ellos), supone una fricción constante. Para el Capital implica la superación continua de una resistencia⁵⁵, como se

55. La fuerza de trabajo es una mercancía que no se puede separar de su forma-vida. Cualquier obstaculización a su realización humana tiene la potencialidad de provocar *lucha*, esto es, *movimiento*: intento de prevalencia de la vida sobre la mercancía. Y por tanto también posibilidad de desalienación.

El *Trabajo en movimiento* es a la vez productor y producto de esta contradicción,

dijo en la introducción. Cuanto más se amplía la penetración del capital en el conjunto de la Vida de los seres humanos, más susceptible de generalizarse (o socializarse) ese antagonismo, por más que éste no adquiera necesariamente un carácter manifiesto (ya vimos en la introducción que el antagonismo latente se expresa ante todo en forma de *lucha de clase cuantitativa* —nota 16—).

No obstante, no basta con enunciar tal proceso, hay que ver cuál es la potencialidad constitutiva del Trabajo, para que su fortaleza intrínseca se haga fuerza transformadora en medio de las condiciones mediatas y transmediatas en que se desenvuelve la reproducción de un determinado orden existente.

Vale decir, hay que rastrear cómo las contradicciones de la dinámica inmediata, mediata y transmediata de la reproducción del capital proclives a reforzar la potencialidad de las fuerzas del Trabajo, se combinan, sin embargo, con las debilidades y obstáculos que experimenta el mismo para protagonizar luchas de clase cualitativas, esto es, para actuar como sujeto antagónico consciente.

Vamos a enumerar, apuntando a ese objetivo, algunas tendencias y contratendencias que conducen hacia posibilidades hasta cierto punto ambiguas o paradójicas.

Tendencia 1. Es evidente que la transnacionalización del capital conlleva la transnacionalización de las relaciones de clase. El capitalismo monopolista transnacional ha conseguido convertir a la casi totalidad de la humanidad en Trabajo (una sola fuerza de trabajo mundial); pero con ello ha hecho de la Humanidad como Trabajo una entidad de clase (objetivamente) transnacional.

Esto significa asimismo que los medios que el Capital despliega para integrar sus procesos de trabajo pone en mayor relación y comu-

como negación de la Vida a ser negada. En su praxis lleva su propia desalienación. Por eso, el Capital tiende a evitar siempre que puede al Trabajo, para no tener que enfrentarse a él y su capacidad de negación. De ahí sus perpetuas contradicción y debilidad internas. De ahí también la fuerza *potencial* del Trabajo (que los llamados “marxistas abiertos”, y ese es su gran error, han tomado como efectiva o *dada*, sin considerar la histórica combinación de factores capaces de llevar a cabo su realización o, por el contrario, su abortamiento).

nicación a la fuerza de trabajo. Es decir, que la interrelación técnica de los procesos de trabajo integrados autoritariamente mediante la estructura y planificación de la empresa capitalista, va uniendo segmentos mayores de la fuerza de trabajo mundial. Cuanto más articulen sus fuerzas y luchas esos segmentos más allá de las fronteras estatales, más posibilidades de que refuercen el proceso fundamental de formación de clase en la economía-mundo (ver al respecto Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Contratendencia 1. Sin embargo, no cabe duda de que hasta ahora las posibilidades objetivas que estas circunstancias abren han sido frenadas por la alta disparidad en el desarrollo de fuerzas productivas, capacidad de organización y grado de conciencia propia, o de clase, del Trabajo en unas formaciones sociales y otras, y también dentro de una misma formación social. Esto se co-implica con la ultrafragmentación del Trabajo y usurpación de oportunidades de vida al interior del mismo (en virtud de claves de estatus, género, cualificación, etnia, ubicación en la división internacional del trabajo, etc., consecuente, entre otros factores, con la segmentación interna e internacional de la mano de obra y su muy diferente valor. Estas disparidades llevan aparejadas sus correspondientes divisiones identitarias (especialmente virulentas a la hora de marcar la separación entre “nacionales” y “extranjeros”, o lo que es lo mismo, entre la fuerza de trabajo local y la importada o inmigrante).

Tendencia 2. La pérdida de capacidad de reproducción de la fuerza de trabajo en más y más sectores de las periferias, y en general la incapacidad del capital de extender la subsunción real del Trabajo, pueden combinarse de forma explosiva con el relativamente veloz deterioro de las condiciones de vida de las poblaciones en las sociedades centrales, donde cabe presumir que se acortarán los espacios entre las distintas capas del Trabajo según se acentúe la degeneración capitalista⁵⁶. Es aquí donde puede albergarse el potencial desestabilizador que implica la con-

56. Circunstancia que tiende a que las formaciones centrales dejen asimismo de hacer de factor de atracción y de legitimidad del conjunto del Sistema, capaz hasta ahora de compensar el empobrecimiento de sus periferias, gracias a su “efecto demostración” (esto es, de lo que aquél puede lograr o en él puede lograrse).

fluencia de situaciones pre-insurreccionales en las formaciones sociales periféricas con las que devienen del deterioro del reformismo en las centrales (capítulo V). Facilitándose de forma universal la visibilidad del antagonismo de clase y de la lucha en torno a éste.

Esa coincidencia del *Trabajo en movimiento* sería más probable de darse en principio como *multitud* reactiva. Pero también es susceptible, en función de la recuperación ideológica y organizativa del Trabajo, de ir formando sujetos transnacionales proactivos (o sea, con programas propios e incluso propuestas alternativas de sociedad —ver Anexo III —).

Contratendencia 2. No obstante, el logro de la práctica universalización de la proletarización se combina en el capitalismo tardío con menguantes garantías de asalarización. Esto significa que una parte creciente del trabajo vivo se torna fuerza de trabajo superflua, desechada como no explotada y a menudo no explotable. Vale decir, crece la proletarización de la población mundial sin que esto signifique pasar por la relación formal de asalarización (incapacidad del capital de universalizar la *subsunción real*). Con ello se da además una generación masiva de “personas superfluas” o la desestimación de cada vez más seres humanos para los procesos productivos capitalistas, como “masa” de reserva del a su vez *ejército de reserva* mundial, tendente por un lado para fungir como (astronómico) “lumpemproletariado” o a reeditar las versiones más crueles de la competencia por la supervivencia, en vez de integrar el movimiento universal del Trabajo (si bien, de nuevo y por otro lado, esa población es susceptible de construir formas de constituirse autónomas, que nos devuelven a la tendencia 2).

Tendencia 3. Crece la visibilidad de la acción de clase y del componente de clase capitalista unilateral del Estado (menos intercedido por las otras clases) y del aparato jurídico y sus disposiciones legales, lo que facilita asimismo el descrédito de la política institucional y del Derecho. El recurrente uso descarnado de la fuerza, las leyes con cada vez más marcado carácter de clase, las sucesivas reformas estructurales de los mercados laborales a favor del Capital, la pérdida general de calidad de vida que va unida ya de forma siempre más inseparable a la acumulación capitalista, se aúnan también para el descrédito general del Sistema en más formaciones sociales (y no ya apenas las periféricas).

Contratendencia 3. Sin embargo, las posibilidades de que esas potencialidades y esos antagonismos se expliciten y se retroalimenten positivamente con (nuevas) formas de conciencia antagonica más o menos universalizables, se ven frenadas por la falta de sujetos y construcciones ideológicas capaces de desarrollar al máximo la *conciencia posible* (Goldmann, 1962) en y de este momento histórico (caracterizado por la globalización de las fuerzas productivas y de la ley del valor del capital)⁵⁷.

57. En cualquier caso, la *conciencia* siempre plantea un serio interrogante como posibilidad de la constitución del Trabajo en fuerza transformadora.

Efectivamente, la supuesta unidad dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo que se atribuye a Marx (o sea, lo segundo como resultante necesario de lo primero) no podría enunciarse sino como tendencia, nunca indefectible. Una tendencia que requiere de una concreta formación de la conciencia. Pero si la conciencia (que la ciencia social en los últimos tiempos ha tendido a entender también como *reflexividad*) de las partes (los seres humanos) no puede nunca abarcar el todo (léase en este caso, el conjunto de la biosfera, ecosfera, sociosfera y noosfera en que se encuentran inmersos) y si cada intervención consciente genera consecuencias no previstas y/o no queridas y además procesos inconscientes, ya no es solo que la conciencia sea ciega a su propio inconsciente, sino que es inconsciente de muchos de los niveles sistémicos que afectan al ser humano. Entonces la pregunta sería si la conciencia permitiría a las sociedades humanas autoprogramarse y escapar así a “las azarosas alteraciones de estado características del resto de sistemas complejos autoorganizadores” (García, 1995).

Este elemento tan volátil cuenta, sin embargo, con el inestimable apoyo de otro escurridizo factor, igualmente arduo de conseguir, pero mucho más resistente como cohesionador de la acción colectiva: la *identidad*.

Puede que la identidad no sea sino la “performatividad” de una multiplicidad heterogénea, que da lugar a una serie de especificidades inestables. En el rastreamiento de sus procesos formativos podemos ver reflejados las distintas narraciones, espacios y tiempos que concurren en ella, los mecanismos de identificación que marcan el co-hacerse de los diferentes agentes que le dan vida, y que al mismo tiempo la tensionan (ver para esto Mendiola, 2000). Pero a la vez la identidad es *elemento coherenciador* de esa heteroclita multiplicidad, que permite en gran medida nuestro hacer (colectivo) sobre lo que nos hace.

No habría de sorprendernos, en ese caso, que la identidad pueda erigirse así también en una fuerza capaz de desorganizar relaciones y posiciones sociales, de cuestionar realidades dadas, sobre todo cuanto más asuma su *ficticialidad*, es decir, en la medida en que adquiera una mayor y más consciente dimensión Política (reflexiva), tanto respecto de sus propios procesos de constitución como sobre el trasfondo de relaciones de poder y coalición que constituyen en cada coordenada espacio-temporal el mundo. Lo cual nos habla de la potencialidad de los individuos para replantearse las “comunidades”

De manera que la visibilidad del antagonismo central en el sistema es opacada por los diferentes misticismos y fetichismos que éste recrea u origina a escala local, sustentados a menudo en adscripciones o ideologías propias de fases de desarrollo anteriores de la humanidad, con frecuencia incluso mediadas por claves místico-religiosas (ver nota 48).

La resolución de estos haces de fuerza que confluyen y se contraponen varía para unos u otros momentos históricos y depende, en buena medida, del decurso de otras contradicciones sistémicas con las que son susceptibles de reforzarse o debilitarse.

No obstante, hay un punto de partida probablemente ineludible. En este momento en que las formas de proletarización sin asalarización se combinan con formas de explotación precapitalistas y otras industriales tardías y postindustriales de servicios derivados, que originan en consecuencia muy diferentes formas de ser “proletario”, las posibilidades del Trabajo de volver a ser un sujeto histórico pasan por la articulación estratégica de las luchas latentes y explícitas (cuantitativas y cualitativas) que en unos y otros tipos de proletarización se generan. Esto implica, además, integrar las luchas del Trabajo como productor con las del Trabajo como reproductor y como Vida en general (es decir, fundir las luchas en la producción con las de la circulación, por los valores de uso y por la Vida en todos los aspectos). Posibilidad favorecida por el hecho de que el propio capital, como vimos, ha acabado con tal separación artificial, fundiendo cada vez más esas esferas en la actualidad.

Pero se requiere, además, resolver positivamente hacia la acumulación de fuerzas propia la problemática de las posiciones contradictorias

dadas (*naturalizadas*) a las que se habían fijado (de aldea, linaje, de estatus, sexo, edad, etnia, raza, nación, Estado, etc.), para dar el paso desde la *conciencia de comunidad* (esto es, de la *identidad* como sentido de pertenencia y exclusión ontológicas) aneja a aquel tipo de entidades, a la formación de *comunidades de conciencia*, potencialmente más abiertas al autocuestionamiento y a la aceptación de la heterogeneidad constitutiva, y por tanto también, más proclives a su permanente redefinición y reproyección social. Ver Piqueras (1997, 2002 y 2007) para una mayor explicación de estos argumentos, así como para algunas de las explicaciones de los autores que siguen la línea teórica del enmarcamiento y de los “marcos cognitivos”.

La conciencia hoy, en cada formación social, puede beneficiarse y nutrirse del desarrollo de las fuerzas productivas, de la acumulación histórica de conciencia, que se da a escala mundial.

de clase y la de las posiciones de privilegio al interior del Trabajo (ver introducción). A continuación se detallan un poco más esos planos de intervención.

4.2. Los planos de intervención

La resolución de las líneas de fuerza descritas pasa por los tres planos de fractura del Trabajo que vimos en la introducción, con sus respectivos requisitos.

4.2.1. Plano vertical

Requisitos:

- Atajar las divisiones entre la fuerza de trabajo que ha adquirido o va adquiriendo privilegio de estatus y conquistado determinados derechos (segmento primario del mercado laboral) y la fuerza de trabajo que va siendo incorporada en peores condiciones en el mercado laboral (segmento secundario: jóvenes, más y más mujeres, migrantes y en general, nuevo proletariado). Esto implica que la Política (y la identidad política) adquiriera predominancia frente al estatus y la identidad corporativa. Tal posibilidad solo puede tener resolución positiva a través de la construcción y difusión de organizaciones de clase, promotoras de conciencia de clase. Pero aun así, para que cobrase carta de estabilidad necesitaría retroalimentarse con el logro de estructuras sociales tendentes a la igualdad de condiciones de vida.
- Conseguir que el Trabajo cualificado se perciba como parte del Trabajo, tendente a confluir en unos mismos intereses objetivos. Diferentes procedimientos para ganarse la afición de los profesionales cualificados se han teorizado al respecto, como la sustitución de incentivos materiales individuales por incentivos sociales o colectivos. Este paso no tiene, sin embargo, una dificultad menor, pues la eliminación de la adscripción de estatus, poder y prestigio no puede realizarse colectivamente sin

una paulatina eliminación de la desigualdad de acceso a los medios de cualificación. Y no se olvide, en este sentido, que para el materialismo histórico esa desigualdad prevalecería aun en la sociedad socialista⁵⁸.

Cuestiones como el propio deterioro de la situación del Trabajo cualificado o su creciente asalarización a la baja podrían ser más “motivadoras” en este sentido. Igualmente, otros retrocesos en la calidad de vida para los que este sector suele ser más sensible, como el deterioro de las condiciones ambientales, la degradación de la vida urbana, la mercantilización de los bienes culturales, etc.

- Buscar alianzas con quienes están a cargo de la organización y gestión en el sistema capitalista. Esto es, inclinar del lado del Trabajo a quienes detentan los “bienes de organización”. Cabe señalar en este sentido que dado que ni el mercado ni el capital pueden reproducirse sin organización, la dirección de la misma se hace tan indispensable como valiosa. Sin embargo, la supervisión resulta más y más asalarizada, es decir, más ajena a la propia clase capitalista, que deroga esas funciones en asalariados (haciendo que la condición de aquella sea cada vez más parasitaria). La supervisión queda asimismo más distanciada de la forma social transitoria que predomina en el presente sobre los procesos productivos: la apropiación privada burguesa de los medios de producción. De manera que el sector de dirección asalarizado podría tener sus propios intereses objetivos para la superación de la explotación capitalista (en cuanto que podría convertirse en la nueva clase dirigente). De hecho, Bidet y Duménil (2007), siguiendo la estela de Wright y otros marxistas analíticos, llegan a proponer que el control sobre los medios o bienes de organización de la sociedad en general y de los procesos productivos en particular, constituiría la base de la explotación y el dominio en una sociedad de *cuadrismo burocrático*

58. Ver para la problemática de la transición hacia el socialismo y bibliografía al respecto, Piqueras (2000).

o estatalista (sin propiedad privada de los medios de producción pero bajo el control burocrático de quienes usufructan los medios de organización-dirección). Tal tipo de formación social podría suceder al capitalismo cuando las categorías de propiedad privada y mercado se vean históricamente superadas por la organización racional planificada, como ya ha acontecido en los intentos de ultrapasar el capitalismo en el siglo XX (ver también al respecto Roemer —1995— y sobre todo Wright —1994).

Sin embargo, para que aquellas posibilidades puedan tener una resolución favorable para las grandes mayorías debe darse un proceso de *lucha* en dos frentes: como una alianza del Trabajo con los cuadros frente al Capital y al tiempo como una lucha de clase en el seno de la propia alianza, frente a un encuadramiento “que se autoproclama el ‘representante’ de los asalariados y tiende, mediante su práctica, a constituirse en clase” (Bidet y Duménil, 2007:231)⁵⁹, combatiendo su preeminencia y dominio. La lucha desde el principio contra esa tendencia es la única posibilidad de esquivarla. Y lo que está en juego es la realización fáctica de la democracia⁶⁰: eso quiere decir que la lucha por la democracia es también una lucha de clase.

4.2.2. Plano transversal

Requisitos:

- La confluencia de las diferentes identidades formadas antes del capitalismo (étnico-indígenas, por ejemplo) y las que han

59. El paso de la propiedad privada a la propiedad social de los medios de producción tiene el paso intermedio del usufructo de la propiedad colectivizada o estatizada por los cuadros, que tienden a constituirse en una nueva clase, y a usurpar por ende la democracia.

60. Este es el desafío que siempre entrañó el marxismo —como sostienen los autores citados, Bidet y Duménil—, a diferencia del liberalismo, que se funda en la *referencia* a la libertad y no en la propia libertad, que en la realidad se da convertida en su contrario: la dependencia. Lo cual es así porque la desposesión o no libertad de quienes no tienen para vivir nada más que su fuerza de trabajo, no puede conducir ni a la autonomía individual ni por consiguiente a la democracia social.

irrupido históricamente de las fracturas al interior del propio Trabajo (como las de género), en un reforzamiento mutuo con las identidades de clase.

- Esto supondría, más allá de la propia relación de clase, la supresión de las relaciones de privilegio “innatas” que fracturan internamente al Trabajo; lo que comportaría un cambio civilizatorio, que sin embargo sería imposible, a su vez, dejando al margen la relación de clase⁶¹.

Significaría, en segundo término, como se dijo, engarzar las luchas en la esfera de la reproducción y circulación con las luchas en la esfera de la producción.

4.2.3. Plano espacial

El devenir-mundo del capital implica dos dinámicas: la dinámica de clase —retroalimentada con la división social del trabajo—, y la imperialista (de sometimiento y explotación de unas formaciones sociales sobre otras), que se refuerza mutuamente con la división internacional del trabajo (DIT). Combinar las resistencias a esas dos dinámicas ha sido desde el principio un dolor de cabeza para las praxis emancipadoras. El marxismo clásico lidió muy mal con tal problemática, en la que al menos hay que considerar los puntos que se detallan a continuación.

Por una parte, el conjunto de clases de las sociedades centrales están necesariamente implicadas (aunque no lo quieran) en las relaciones imperialistas entre formaciones sociales.

Por otro lado, las luchas de buena parte de las poblaciones de las formaciones sociales periféricas por sacudirse la dominación imperialista no han sido coincidentes con las luchas de clase, al reproducirlas muy a me-

61. Dada la complejidad de la teorización y la profusa bibliografía al respecto, no queda más remedio que remitir aquí a la línea de investigación del feminismo político en cuanto a la clave de género, así como a la línea del autonomismo no occidental centrado por lo que respecta a las claves étnicas.

nudo con creces en su interior durante y después de su lucha. Esas luchas se dieron como *pueblo* (multiétnico y multinacional, si se quiere, y también policlasista), o sea, como (parte de la) población que ha adquirido conciencia de esa subordinación y actúa para superarla⁶². Esta clave fue prioritaria frente a las contradicciones de clase, y lo más probable es que permanecerá así mientras no se descomponga la división internacional del trabajo, la cual está comandada desde las formaciones centrales⁶³. Tal descomposición podría venir más probablemente por luchas internas en los propios centros del Sistema, además de por el agotamiento de las posibilidades de expansión físico-geográfica de la ley del valor del capital, en una implosión de su “sistema-mundo” que desemboque en la obstrucción de la expansión de su frontera.

Con el fin, o al menos el substancial debilitamiento, de la DIT, el antiimperialismo dejaría de ser la referencialidad principal en las formaciones sociales periféricas y las luchas políticas tendrían más probabilidades de centrarse en las fracturas internas de clase⁶⁴.

Hay que considerar también la dislocación de la propia DIT con la irrupción de las periferias en los centros del Sistema y la implantación de núcleos o fragmentos centrales en las formaciones sociales periféricas; así como el surgimiento de nuevos centros potenciales. Para tener en cuenta solo uno de estos aspectos, el hecho de que parte de fuerza de trabajo periférica se incruste en las formaciones sociales centrales hace que aumenten las posibilidades objetivas de interconexión del Tra-

62. También se puede luchar como pueblo étnico y/o nacional (policlasista) frente a la subordinación identitario-cultural dentro de un mismo Estado o de varios Estados.

63. La superación del capitalismo en las formaciones sociales dependientes es enormemente más difícil, y los logros encaminados a ello presentan una mayor tendencia a ser pasajeros y reversibles, debido al propio desarrollo de las fuerzas productivas. Ver al respecto, Wright (1994, especialmente cuadro 4.1 y su explicación en página 129 y siguientes).

64. ¿Quiere esto decir que se estaría más cerca de actuar como *pueblo-mundo*, policlasista, frente a un pretendido Estado-mundo capitalista, como proponen Bidet y Duménil (2007)? Poca verosimilitud tiene tal Estado, a nuestro juicio, dado que una de las grandes contradicciones del capitalismo global radica en su necesidad y a la vez su imposibilidad (derivada de la competencia intrínseca entre sus partes) de conseguir un ente regulador universal de su acumulación planetaria, una suerte de Estado global capaz de encauzar la *creciente* rivalidad intercapitalista. Por otra parte, la posibilidad de coordinación transnacional del Trabajo no implica la plausibilidad de un “pueblo-mundo”.

bajo, aun cuando el Capital alce proporcionalmente barreras subjetivas para contrarrestarlo, como vimos (ver capítulo siguiente al respecto).

Esas posibilidades podrían potenciar a su vez la coincidencia entre las nuevas formas de insubordinación desencadenadas por el despojo o desposesión (sobre todo en las periferias) (Harvey, 2007), con las que suscita la sobreexplotación de los sectores más vulnerables del Trabajo (también en los centros, debido a su “periferización” y a la incorporación de fuerza de trabajo periférica en ellos).

El marxismo ha sido una construcción práctica empeñada justamente en dar trabazón y sustento a las pretensiones de coaligación que afectan a todos estos planos señalados. Se trata de un envite histórico en pro de la posibilidad de establecer coaliciones entre seres humanos de otra forma inermes ante las circunstancias; para generar identidades políticas crecientemente inclusivas, todo lo ficticias que se quiera, pero capaces de otorgar a individuos atomizados o adscritos a identidades heteronomizadas, las posibilidades de intervenir colectivamente, como sujetos, en su realidad (Piqueras, 2007).

Se trata además de que esas ya de por sí arduas vías de coaligación intra-Trabajo se intenten hacer extensibles, como “alianzas”, con las posiciones contradictorias de clase (ver introducción). Pero este segundo paso solo sería válido desde el punto de vista del Trabajo siempre y cuando éste se constituyera en sujeto social hegemónico (para no quedar subordinado a esas otras posiciones de clase, como ha ocurrido históricamente).

El reto es hoy todavía mayor si pensamos que todo esto no podría entenderse tampoco sin la transformación de las relaciones de explotación exosomáticas, de la biosfera. Lo cual implicaría que la recuperación del desarrollo de las fuerzas productivas (entorpecido ya por el capitalismo declinante) se diera como un desarrollo de calidad de vida con la utilización decreciente de recursos, esto es, sin crecimiento (ver capítulo 5 y en general los trabajos del Observatorio Internacional de la Crisis al respecto).

Los pasos concretos a darse dependen de estrategias que no pueden ser dictadas desde la teoría, sino que solo adquieren posibilidad desde la misma praxis, esto es, tienen que resultar de la aplicación de la teoría por las propias expresiones organizadas del Trabajo en cuanto que sujeto alternativo a la realidad-mundo fabricada por el capital. Eso quiere decir

también, entre otras cosas, que la ni la política ni el asalto al poder con minúsculas bastan, en cuanto que política meramente institucional y en cuanto que poder gestor estatal-gubernamental. Recordemos que las condiciones inmediatas, mediatas y transmediatas del movimiento del capital para su propia valorización, generan todo un metabolismo social, en el que la vida de los seres humanos queda empotrada (Mészáros, 2003), con su entramado de poderes sobre los que se yergue el auténtico Poder de clase del capital. Para ser efectiva, por tanto, la Política tiene que hacerse también en mayúsculas, interviniendo y afectando todos los planos en que se realiza la dinámica del capital (ver capítulo VIII).

Probablemente, con las miras puestas en tan complejo horizonte, una de las contrastadas fortalezas de la que se parta sea la propia debilidad o decadencia que ha comenzado a manifestar tal dinámica capitalista. Hay que considerar además que en su intento de perpetuar su acumulación el Capital, como sujeto, ha estado siempre urgido por una delicada y difícil compensación entre las crisis de *rentabilidad* y las de *legitimidad*, debiendo enfrentar constantemente las fuentes del poder del Trabajo como productor (como clase trabajadora) y como reproductor social, en un permanente intento de debilitarlas.

La Gran Depresión que se inicia con el siglo XXI agota las posibilidades de congeniar ambos factores de tensión, e incluso de lograr cualquiera por separado⁶⁵.

¿Quiere esto decir que se agotan igualmente las posibilidades de integración socialdemócrata del Trabajo?, o lo que es lo mismo, ¿estamos ante el fin del ciclo de la *opción socialdemócrata* como articuladora de las relaciones entre el Capital y el Trabajo? ¿Se multiplicarán, entonces, las condiciones preinsurreccionales? (en el Anexo III del Apéndice se presentan algunas consideraciones al respecto, que recogen puntos presentados en los capítulos V y VI).

65. El previsible colapso energético-económico abre insospechadas oportunidades a través de la radical modificación de las formas de vida y los profundos cambios en la organización del espacio, la producción, la distribución y el consumo en el capitalismo degenerativo (ver Fernández Durán, en prensa), donde la hasta ahora creciente socialización de la producción se verá forzada necesariamente a combinarse con formas de cooperación humana en todos esos ámbitos para lograr la supervivencia, dejando atrás por inútil el individualismo posesivo atado a la aparente autonomía y autosuficiencia individual que proporciona el salario.

En cualquiera de los escenarios en que se van a perfilar las nuevas relaciones de dominación el gran problema que enfrenta el Trabajo, como hemos visto unas líneas más arriba, estriba en la dificultad de articular la enorme heterogeneidad de situaciones e intereses que comprende tal condición tanto a escala intracastatal como, aún más, interestatal. A ello se suma el enorme y puede que creciente desfase en su organización y coordinación respecto al capital mundializado. Resulta imprescindible en este último sentido al menos, para que las fuerzas del Trabajo puedan tener algún protagonismo en el futuro inmediato, idear nuevas estrategias y proyecciones organizativas a escala del capital transnacional⁶⁶.

En términos planetarios, el gran déficit o carencia de los esfuerzos de la Humanidad como Trabajo por irrumpir ofensivamente en el orden del Capital es la ausencia de expresiones organizadas que coordinen o (re)construyan sujetos con estrategias y proyectos de sociedad propios (con capacidad proactiva más allá de la forma reactiva —de protesta— que hasta ahora ha caracterizado mayoritariamente a la forma *multitud*). Y con ello es patente también la carencia de direccionalidad de las luchas, congruente con la ausencia de alternativas sólidas, creíbles, de carácter universal. Pesa como una losa para las posibilidades de transformación social la orfandad de una (re)construcción proyectiva como la que inspiró el socialismo.

La redefinición o reconstrucción de ese proyecto se convierte, por tanto, en elemento clave para los sujetos e instancias con mayor desarrollo de conciencia política del Trabajo en la actualidad.

Los plazos para realizarlo, sin embargo, no parecen ni mucho menos largos. Especialmente porque los terribles retos que enfrenta la Vida como Humanidad combinan factores ecológicos, energéticos, demográficos, económicos, sociales, culturales e incluso psicológicos muy difícilmente regulables e igualmente arduos de encajar al unísono en estrategias programáticas que proyecten un posible acontecer postcapitalista. Cualquier intento de incidir como clase transnacional es hacerlo hoy en cuanto que Vida, y para

66. Como dice Tilly (1995), si el mundo del trabajo quiere conseguir nuevos derechos colectivos o al menos mantener los que fueron conquistados, debe dejar de referirse o autolimitarse a la dimensión estatal, toda vez que el Estado ya no es el agente regulador básico. Este nuevo orden de dominación, además, ha vaciado al Estado como medio de constitución de ciudadanía y espacio de resolución de contradicciones interburguesas.

que resulte fortalecida a través de la enorme diversidad de sujetos colectivos que la componen, tiene que arrancar de nuevas concepciones y *consensos* en cuestiones como decrecimiento, distribución, regulación demográfica, horizontalidad democrática, democracia económica, eliminación de la construcción de género y de la división sexual del trabajo, solidaridad intergeneracional e intercomunitaria, compromiso colectivo, responsabilidad con la vida, igualdad, etc., a las cuales hasta ahora se han dado muy escasas respuestas tanto desde la teoría como de la intervención programática.

Quizás una de las más decisivas cuestiones que quedan pendientes, aun después de haber remontado todos los condicionantes y requisitos vistos en este apartado, es saber si la supuesta falta de preparación histórica de la clase que vive de su trabajo para asumir la dirección de la sociedad podría por fin ser superada, sin necesidad de aupar a una nueva clase dirigente⁶⁷.

Lo que parece incontestable es que para empezar ese camino, para enfrentar el reto de la reconstitución en sujeto de partes cada vez más significativas del Trabajo, es imprescindible dejar de luchar (nada más) como capital variable, es decir, como *mercancía* en busca de su mayor valorización, y expresarse en cuanto que “negación de la vida a ser negada” (lucha de clase cualitativa), introduciendo la razonabilidad de esa vida frente a la suicida racionalidad capitalista (no hay que olvidar, en este sentido, que el Trabajo es la única fuerza capaz de limitar o subvertir la autodestructividad del capital).

Pero esto significa hoy ir más allá de la esfera del trabajo para igualmente dejar de ser Trabajo (ver nota 11) y rehacer el sentido de lo económico como explícitamente político y social, más allá de lo exclusivamente material⁶⁸. En ese logro puede ir el envite de la propia especie en el siglo cuya primera década ya dejamos atrás.

La expansión de la *barbarización social*, de todos contra todos, enquistada en cada vez más y más formaciones sociales, la universalización

67. O si por el contrario el marxismo se equivocó de lleno al propugnar la organización y planificación sociales de la economía como vía de superación de la “anarquía capitalista”, dando paso, en realidad, insalvablemente, a una nueva clase de burócratas-gestores a cargo de esa planificación.

68. Puede consultarse al respecto la obra de Caillé (2005), siempre que se haga la vista gorda de la última sección, la propositiva.

de un capitalismo mafioso que hace de la corrupción la forma de vida dominante, no parecen una verdadera opción a ese reto, sino más bien una no-alternativa, por probable que, sin embargo, sea.

Bibliografía citada (incluye Anexo II)

- Alba Rico, Santiago (1995). *Las reglas del caos*. Barcelona, Anagrama.
- Albarracín, Jesús y Montes, Pedro (1996). “El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo”, en www.dani-loalba.blogspot.com
- Albarracín, Daniel (2009). “Capitalismo tardío, ¿quo vadis? Problemas contemporáneos para la teoría de las ondas largas”, en <http://www.vientosur.info/documentos/Quo%20Vadis.pdf>
- Alonso, Luis Enrique (1999). *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Madrid, Trotta.
- Arrighi, Giovanni (1999). *El largo siglo XX*. Madrid, Akal.
- Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (1999). *Chaos and Governance in the Modern World System*. Minnesota, University of Minnesota Press.
- Arrighi, Giovanni, Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel (1999). *Movimientos antisistémicos*. Madrid, Akal.
- Bell, John R. (2009). *Capitalism and the Dialectic. The Uno-Sekine Approach to Marxian Political Economy*. Londres-Nueva York, Pluto-Press.
- Berterretche, Juan Luis (2009). “De la gran quema de capital ficticio a la depresión”, en <http://correosemanal.blogspot.com/2009/02/de-la-gran-quema-de-capital-ficticio-la.html>.
- Bidet y Duménil (2007). *Altermarxismo. Otro marxismo para otro mundo*. Barcelona, El Viejo Topo.
- Bihl, Alain (2006). *La préhistoire du capital. Le devenir-monde du capitalisme*. Lausanne, Page Deux.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- Brenner, Robert (2003). *La expansión económica y la burbuja bursátil*. Madrid, Akal.
- Brenner, Robert (2009). *La economía de la turbulencia global*. Madrid, Akal.
- Caillé, Alain (2005). *Dé-penser l'économique. Contra le fatalisme*. La Découverte-M.A.U.S.S., Paris.
- Chesnais, François (Comp.) (2001). *La mundialización financiera. Génesis, costo y desafíos*. Losada, Buenos Aires.
- Chesnais, François (2008). “El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera”, en *Herramienta*, n° 37. Buenos Aires.

- Chingo, Juan (2007-2008). "Crisis y contradicciones del capitalismo del siglo XXI", en *Estrategia Internacional*, nº24, pp. 11-66. Buenos Aires.
- Cohen, Gerald (1978). *Karl Marx's Theory of History: A Defence*. Oxford. Princeton, Oxford University Press – Princeton University Press.
- Colectivo IOE (2008). *Barómetro social de España. Análisis del periodo 1994-2006*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Dierckxsens, Wim (2003). *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. Bogotá, DEI- Ediciones Desde Abajo.
- Fernández Durán, Ramón (2003). "El fin de la 'globalización feliz': cede el glamour, se extiende la guerra permanente", en *Mientras Tanto*, nº 85, pp. 79-108. Barcelona.
- Fernández Durán, Ramón (2010). "La conflictividad político social mundial en el siglo XX. De la lucha de clases al movimiento antiglobalización pasando por el 68 y el auge del feminismo y del ecologismo". En <http://www.rebellion.org/docs/99858.pdf>
- Fernández Durán, Ramón (en prensa). *Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándose para el inicio del colapso de la Civilización Industrial*.
- Garcés, Joan (1996). *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Madrid, Siglo XXI.
- García, Ernest (1995). *El trampolín faustic*. Alzira, Germania.
- Giussani, Paolo (2000). ¿Hay evidencia empírica de una tendencia hacia la globalización?, en Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.) *La nueva economía política de la globalización*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Goldmann, Lucien (1962). *Investigaciones dialécticas*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- GPM (2010). "Nueva fase de la crisis mundial", <http://www.nodo50.org/gpm/TasaGanancia/00.htm/crisis2010.htm>. Y también "Causas que contrarrestan la tendencia descendente de la Tasa General de Ganancia Media". <http://www.nodo50.org/gpm/TasaGanancia/00.htm>
- Harman, Chris (2007). "La tasa de ganancia y el mundo actual", en www.scribd.com/doc/13269299/Chris-Harman-La-tasa-de-ganancia-y-el-mundo-actual. *International Socialism*, nº 115.
- Harvey, David (2007). *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal.
- Holloway, John (2002). *Change the World without Taking Power*. Londres, Pluto Press. Edición española en El Viejo Topo.
- Hurtado, Jorge (2010). "Una visión alternativa de la crisis. Ciclos medios y ciclos de hegemonía", en *Sistema* nº 218, pp. 59-83. Madrid.
- Husson, Michel (2008). "La subida tendencial de la tasa de explotación", en *Viento Sur*. Madrid. <http://www.vientosur.info/documentos/Husson.pdf>
- Jarquín, Antonio y Dierckxsens, Wim (2009). "La gran depresión del siglo XXI. La geopolítica y el lugar de América Latina y el Caribe", en Observatorio Internacional de la Crisis, *La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. San José, DEI.
- Katz, Claudio (2000). "Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas", en *Revista de Sociedade Brasileira de Economia Política*, nº 7. Sao Paulo. <http://www.ernestmandel.org/es/lavida/txt/katz.htm>.
- Katz, Claudio (2010). "Las tres dimensiones de la crisis", en <http://lahistoriadeldia.wordpress.com/2010/05/03/clarudio-katz-las-tres-dimensiones-de-la-crisis/>. Argenpress info.
- Lucas, Ricardo (2007) "La deuda de las familias españolas se sitúa ya en el techo europeo", en *Expansión.com*, 30 de agosto.
- Mandel, Ernest (1979). *El capitalismo tardío*. México D.F, Ediciones Era.
- Mandel, Ernest (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Madrid, Siglo XXI.
- Martins, Carlos Eduardo (2009). "A teoria da conjuntura e a crise contemporânea", en *Polis*, nº 24, pp.385-401. Universidad Bolivariana. Santiago.
- Massardo, Jaime (2003). "A propósito de la 'fuerza expansiva' del pensamiento político de Antonio Gramsci", en *Actual Marx*, nº 1/segundo semestre, pp. 109-125. Santiago.
- Mattelart, Armand (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona, Paidós.
- McDonough (1995). "Lenin, Imperialism, and the Stages of Capitalist Development", en *Science & Society*, vol.59, nº 3, pp. 339-367. New York.
- Mendiola, Ignacio (2000). *Movimientos sociales y trayectos sociológicos*. Serie Tesis Doctorales. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Mészáros, István (2003). *El siglo XXI ¿socialismo o barbarie?* Buenos Aires, Herramienta.
- Naredo, Jose Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Madrid, Siglo XXI.
- Navarro, Vicenç (2009). *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Madrid, Diario Público.
- Observatorio Internacional de la Crisis (2009). *La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. San José, DEI.
- O'Hara (2004). "A New Transnational Corporate Social Structure of Accumulation for Long-Wave Upswing in the World Economy?", en *Review of Radical Political Economics*, nº 36, pp. 328-335. Sage Publications.
- Piqueras, Andrés (1997). *Conciencia, sujetos colectivos y praxis transformadoras en el mundo actual*. Madrid, Sodepaz.
- Piqueras, Andrés (2000). "Del movimiento obrero a las ONGs: ¿el fin de una utopía colectiva?", en *Papeles de la FIM*, nº15, 2ª época, pp. 103-127. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Alzira, Germania.

Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico. Una perspectiva marxista

Andrés Piqueras

- Piqueras, Andrés (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Castelló, Universitat Jaume I.
- Piqueras, Andrés (2008). “De la colonización al desarrollo. Del paralelo devenir del Sistema Mundial, la desigualdad, el desarrollo y la cooperación”, en Andrés Piqueras (coord.) *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico*. València, Tirant lo Blanch.
- Piqueras, Andrés (2009). “Acumulación, regulación, ondas y estrategias en las luchas del Trabajo”, en *Polis*, nº 24, pp.223-270. Santiago, Universidad Bolivariana.
- Ramos, Laura (2003). *El fracaso del Consenso de Washington. La caída de su mejor alumno: Argentina*. Barcelona, Icaria/Más Madera.
- Roemer, John E. (1995). *Un futuro para el socialismo*. Barcelona, Crítica.
- Salazar, Gabriel (2003). “Transformación del sujeto social revolucionario: desbandes y emergencias”, en *Actual Marx*, nº 1/segundo semestre, pp.81-108. Santiago.
- Schweiger, Hans y Rodríguez, Antonio (2007). “La participación de los salarios”, en *Taifa, seminari d'economia crítica*, nº 4. Barcelona.
- Silver, Beverly (2005). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid, Akal.
- Suárez, Luis (2001). *Los rostros de Abel. América Latina y El Caribe. Medio siglo de crimen e impunidad (1948-1988)*. Tafalla-La Habana, Editorial José Martí-Zambón Iberoamericana.
- Therborn, G. (1987). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid, Siglo XXI.
- Tilly, Charles (1995). “Globalization Threatens Labor's Rights”, en *Internacional Labor and Working-Class History*, nº 47, pp. 1-23.
- Valle, Alejandro (2000). “Desarrollo desigual y competitividad”, en Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.) *La nueva economía política de la globalización*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Wallerstein, Immanuelle (1996). “Culture as the Ideological Battleground of the Modern World-System”, en M. Featherstone, *Global Culture*. Londres, Sage Publication.
- Wright, E.Olin (1992). *Reconstructing Marxism. Essays on Explanation and the Theory of History*. Londres-New York, Verso.
- Wright, E.Olin (1994). *Clases*. Madrid, Siglo XXI.
- Wright, E.Olin (1997). *Class Counts*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Žižek, Slavoj (1998). “Multiculturalismo o lógica cultural del capitalismo multinacional”, en F. Jameson y S. Žižek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires, Paidós.

Si la reproducción ampliada e incesante del capital es el proceso que da sentido al modo de producción capitalista, esa dinámica conlleva otros procesos coincidentes que tienen su común punto de arranque en el acaparamiento de los medios de producción-medios de vida, cuales son:

- La conversión del mayor tiempo posible de cada jornada de labor colectiva en tiempo de trabajo excedente convertido en plusvalor acumulado.
Lo cual conduce a:
- El control explotador sobre la máxima porción posible de trabajo vivo (es decir, de seres humanos).
Hecho que a su vez lleva a:
- La mayor apropiación y el mayor control posibles de su tiempo.
- El mayor control posible sobre su movilidad.

En torno a estos procesos se ha dado una constante e implacable batalla entre el Trabajo y el Capital a lo largo de la historia. Pero en este capítulo vamos a concentrarnos exclusivamente en el último de ellos a objeto de intentar aportar algunas consideraciones a la estrategia marxista de investigación al respecto.